



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE SAN LUIS POTOSÍ

Cordelia

y otros fantasmas



Gabriela d'Arbel

Cordelia

y otros fantasmas

Diseño de Interiores

LDG. Liliana Esqueda Zavala

Diseño de Portada

LDG. Liliana Esqueda Zavala

Fotografía

Juan Pablo Meneses

Derechos Reservados *by*

© Universidad Autónoma de San Luis Potosí

© Martha Gabriela d'Arbel Carlos

ISBN 978-607-7856-00-9

Editorial Universitaria Potosina

San Luis Potosí, S.L.P.

*¿Qué es un fantasma? Preguntó Stephan.
Un hombre que se ha desvanecido
hasta ser impalpable, por muerte, por ausencia,
por cambio de costumbres...
James Joyce
Ulises (1931)*

Cordelia y otros fantasmas

ÍNDICE

El tercer piso	7
La criatura	13
El coleccionista	17
El niño	21
Nicotina	25
Las espirales	29
La sala de espera	33
Tinta para unos diarios	37
Aromas perdidos	41
Buenaventura	47
Cordelia	51
Genaro	55
Pascual	59
Berta y Tadeo	65
Inés, Federico y Déborah	71
Minerva y Ubaldo	77
Bitácora de una cita	81
Bitácora de una tarde	85
Bitácora de una fuga	89
Bitácora de una mutilación	93
Bitácora de una noche mojada	97
Bitácora de un viaje con regreso	101

Cordelia y otros fantasmas

El tercer piso

*Ya no es mágico el mundo. Te han dejado.
Ya no compartirás la clara luna ni los lentos jardines.
Ya no hay una luna que no sea espejo del pasado.
Cristal de soledad, sol de agonías.*

Jorge Luis Borges

Cordelia y otros fantasmas



Tu cara ha cambiado, tus dientes parecen más grandes, tu cabello lanoso ya empieza a caer, pero eso no se compara con lo que sientes adentro. Ese frío concentrado en tus arterias.

Los ruidos en el tercer piso son más descarados. Esperas que vengan por ti. Sin embargo, te dejarán sufrir un poco más hasta que te vuelvas parte de ellos dejándoles sólo tu cadáver. Recuerdas a Günter, ahora en forma de un fantasma casual que te ayudó a cavar tu fosa.

En el jardín están cayendo pelusas blancas que nunca habías visto, las observas desde el sillón. Se acumulan en el piso como un tapete de hielo.

No sabes cuanto tiempo ha pasado desde que se fue de viaje y te dejó en la casa prometiendo volver pronto. En estas semanas ya no puedes reconocerte. El averno que todavía ayer permanecía en el exterior ya entró en tu cabeza.

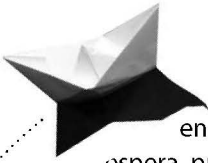
Casi no te acuerdas de la cara de Günter, y los recuerdos aterrizan de vez en cuando con sus agujones torturándote de nuevo.

Recuerdas el calor húmedo del puerto de Veracruz, la plaza atestada de turistas tomando cerveza, en mesas de lámina los sonidos de música nortea y jarocho mezclándose en el caos. Lo viste sentado solo, con un tarro de cerveza, riendo como idiota mientras una mujer bailaba frenéticamente, por dinero, al compás de la marimba. No te llamó la atención por su atractivo, sino por el hecho de no ser mexicano. Te causaba tanta curiosidad que sólo la sacarías si te llegaba a acariciar. Él te invitó una cerveza platicaron durante toda la noche, era agradable esa combinación de aliento a cerveza y español con acento. La química entre ustedes bailaba de un beso a otro y durante esos momentos te imaginaste con él desnuda en la cama, tu piel oscura anudada en ese cuerpo casi albino.

Fueron al hotel frente a la plaza. El ruido de la música se escuchaba intenso y quedó grabado en las paredes de tu memoria. Él te acarició tan suavemente que sentiste recelo, te quitó el vestido perdiendo sus manos sobre el laberinto que eras tú misma. La música sonaba más armoniosa, eso te relajó. El delirio que dibujaste en su cuerpo no creció mucho durante la madrugada.

Ahora los sonidos del tercer piso ya no te





estremecen, sabes que el peligro está llegando en pequeñas bocanadas. Tu angustia aumenta por la espera, preferirías ir por tu propio pie al sacrificio.

No revisas los anaqueles, no quieres saber cuándo encontraras la última lata de col.

Recuerdas cuando llegaron a la casa, te tumbaste en el sillón azul. El óleo del hombre desnudo en colores índigos quedó frente a ti, luego posó las manos sobre tu espalda desabrochando tu blusa.

Sentiste vergüenza cuando te miró los pechos de barro negro. Se acercó reposando sus labios en tu pezón toda la noche, así parecías romper la armonía de ese micro mundo ordenado, sin embargo el hombre rubio no parecía cansarse de ti. Desde ese momento tu confianza creció irresponsablemente asfixiando tu cordura. Günter nunca te habló del tercer piso hasta el día que él salió de viaje y exploraste cada lugar de la casa.

En el segundo piso había una pequeña escalera angosta que daba a una puerta cerrada. La trataste de abrir pero no había llave.

Después de ese día los ruidos llegaron como una avalancha. Él no regresó.

Una mañana en que la curiosidad te jaló hasta el tercer piso, sólo diste vuelta a la perilla y la puerta se abrió haciendo un crujido tan prolongado que fue inevitable retroceder. Percibiste un olor a historia vieja hecha de polvo y piel.

Te asomaste por una ventana para respirar el aire frío y restablecerte, no obstante te perturbaron los cambios en el jardín, alguien había sembrado flores y limpió la hierba sin tu consentimiento. Fuiste hasta la esquina de la calle, sólo encontraste algunas mujeres que regresaban con sus canastas repletas de verduras, intentaste comunicarte; una de ellas, preocupada, te prestó atención, mas fue imposible darte a entender y volviste a la casa arrastrando el lastre de tu frustración.

El sol anémico de Alemania no tiene comparación con el sol viril de Veracruz.

Ahora es extraño pensar, que nunca dejarías de sentir su ardor. Cuando andabas por el malecón comprando collares de pedacearía de conchas, mientras coqueteabas con los turistas azorados. A ellos les gustaba el olor del agua salada en tu cuerpo y la medusa de tu cabello. Inconscientemente intentas oler tu piel, mas ese aroma a sal te abandonó hace meses.

Los sonidos que no podías interpretar ahora los entiendes igual a un idioma familiar; los pasos en la escalera, voces gritando que no perdonan tu audacia, el alacrán que se pasea todos los días dentro de las habitaciones raspando las paredes con sus tenazas. Pero te refugias en la única tierra conocida: los recuerdos.

Vuelves una y otra vez a repasar las calles de Veracruz en la noche húmeda, las cuales todavía reposan en tu cabello como prendedores. Tus paseos clandestinos entre la muchedumbre envuelta en la fiesta interminable del puerto.

Una madrugada el polvo luminoso de la luna teutona contaminó la habitación. Era imposible dormir con tanta claridad. No obstante sabías que no era sólo la luz; también la noche era un cuerpo aplastante.

Volteaste hacia la puerta y viste a uno de ellos recargado en el marco observándote. La luz nutrida le relleno las mejillas marchitas. Mantuviste tu cuerpo rígido y le diste la espalda negando su existencia, escuchaste sus pasos, él llegó hasta la orilla de tu cama. Palpó tu espalda desnuda, sin pasión, sólo curiosidad. Sus dedos ardían, dejando en tu piel cicatrices. Pasaron algunos minutos y desapareció como llegó, entre los pliegues de la oscuridad.

Llega un recuerdo en forma de sonido. Es el dominó de tu padre chocando pieza contra pieza sobre la mesa soleada del comedor. Ese rostro envejecido y concentrado en el juego. Todavía puedes oler el humo de su puro. Tú, sentada en el piso de losa sintiendo el calor en tus muslos. Aquel día esperaste a que diera la hora para irte hacia Günter sin dejar indicio; una dirección, un teléfono, y así reforzaste tu destino miserable. Esta sentencia te golpea en la cabeza como una pedrada. El frío empaña los vidrios de la casa, quieres salir pero todas las puertas y ventanas ahora están cerradas. Luchas con las cerraduras sin embargo tu voluntad hace mucho tiempo que se fugó.

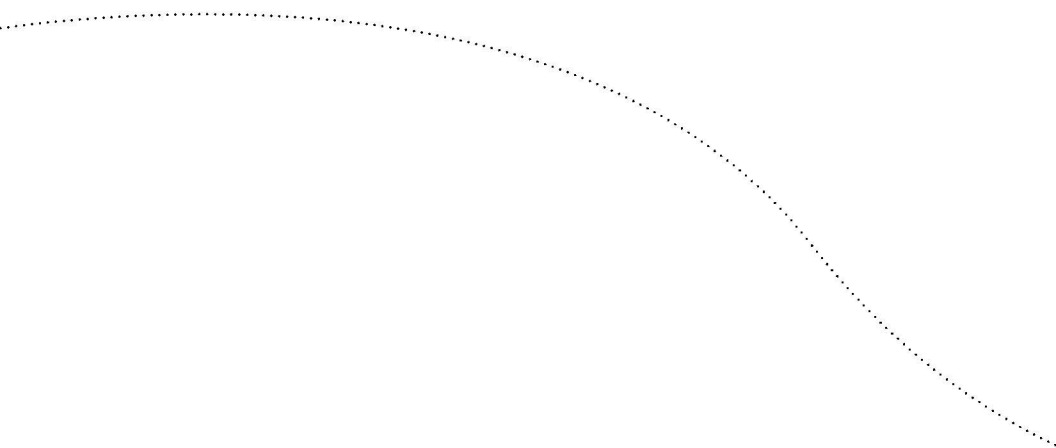
¿Dónde estará Günter? Te preguntas en voz alta esperando la respuesta, y sólo una urraca te contesta desde una rama congelada, ahogándose en un graznido vacío.

Cordelia y otros fantasmas

La criatura

*Viene el aire gimiendo
la subversiva tranquilidad
que ronda la casa...*

Jaime Sabines



Los recuerdos llegan igual que la gente vestida de negro, junto a un leve olor de azahares. No sé si a dar el pésame, por ser testigos de la tragedia o simplemente por curiosidad.

Qué más me queda. Sólo recargo mi vista en la tierra negra y una evocación pasa, como un gusano, sobre la textura húmeda.

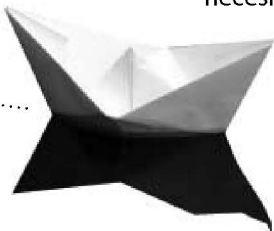
Me interno en un recuerdo viejo. En él, era joven igual que mi hermana Freda; el pueblo nos había invitado a la locura en medio de la fiesta de pascua. La gente del lugar se revolvió con los turistas formando un *collage* viviente. La música de la tambora golpeaba. Quisiera subirme para siempre en ese recuerdo, donde aún teníamos la certeza de que seríamos muy felices. Pero inevitablemente, la memoria se desmadeja dentro de mi cerebro y no puedo dejar de recordar a mi hermana Clara, a quien ahora enterramos. Siempre encerrada en su cuarto, en estos últimos años, mimetizada en sus cosas viejas, contando las naranjas del árbol que se asoman por la ventana. Nosotros también las podíamos contar cuando bajábamos al comedor. Eso sí, era mejor en el cuarto de Clara porque no sólo se veían las frutas, también la calle y la gente que pasaba cerca de la casa. Caminando con esos movimientos rápidos que dan la sensación de no ser parte de nuestra realidad.

El día que Clara enfermó y no volvió a salir de su cuarto, apareció la criatura, supongo que se formó de la misma materia de la que todos estábamos hechos.

Sigue el sacerdote hablando, sólo que cuando a uno le amputan el espíritu, los oídos quedan sordos a las palabras de aliento, al salir se rompen mostrando lo huecas que son. No me quiero mover, permanezco sobre el pasto y los pies comienzan a hundirse. Si pudiera evitar regresar a mi casa, la que también es de mis hermanos y casa de la criatura. Todos cargando un pedazo de esta ruina, sin renunciar al pequeño espacio que a cada uno nos corresponde por herencia.

La única que probó las naranjas fue la criatura. Sabía cómo desgajarlas sin que se desintegraran en las manos. No necesitaba alcanzar las frutas porque desde lo alto se las arrojaban. Sólo ella pudo beber el jugo venenoso que le desencadenaba aquellos pensamientos desquiciados en su interior.

Clara predijo los pasos cada vez más cercanos de la criatura, quien permaneció



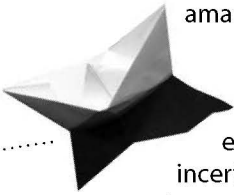
al principio en su cuarto o en la sala de la televisión, pero a medida que pasó el tiempo y se fueron devastando los muros de nuestra casa, hasta volverse una ruina, la criatura fue invadiendo descaradamente el espacio de Clara.

Una mañana, Clara, con los oídos rasgados ya no soportó el zumbido que producía la criatura y con las fuerzas que aún tenía fue a callarla. Lo que no sabía mi hermana era que la criatura, aquella mañana, había crecido desmesuradamente y la destrozó sin miramientos. Freda no estaba para evitarlo, como siempre se había ido sin importarle.

Cuando llegué al medio día, Clara no estaba, como siempre, asomada por la ventana de su cuarto; sin embargo no tuve que buscarla, la criatura en el pasillo limpiaba con su lengua las gotas de sangre que dejaban un camino escarlata hasta el cuarto de servicio.

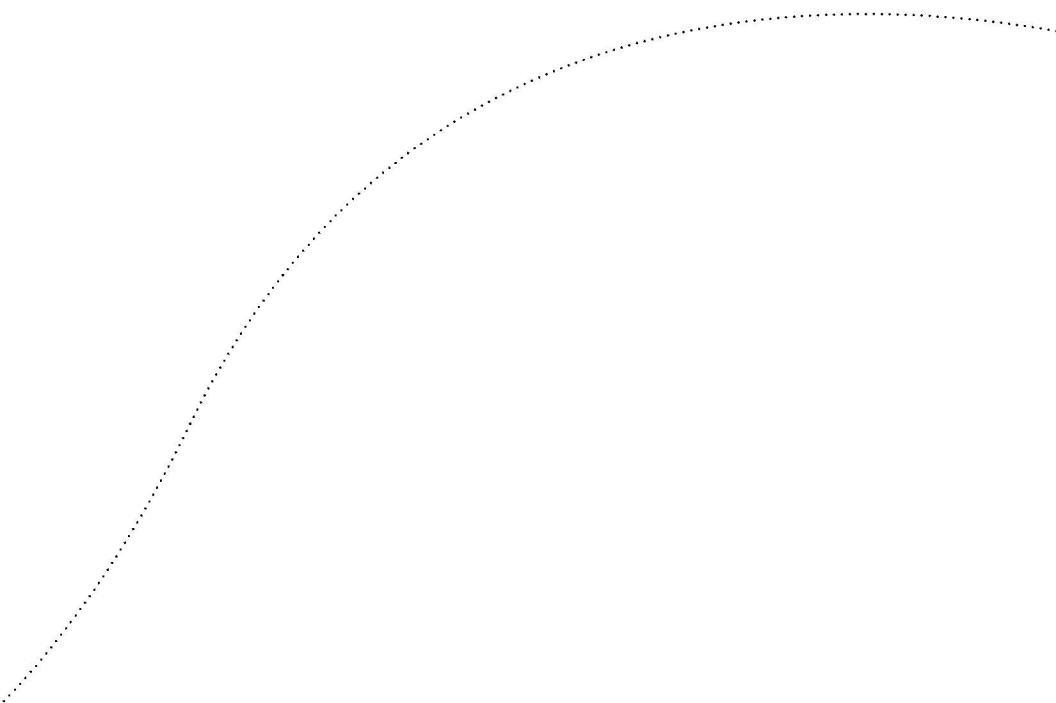
¿Cómo contener el recuerdo derramado que sabe amargo, igual que el aliento de la criatura?

Mis hermanos y yo nos miramos sin tomar la decisión, ya están por cerrar el cementerio, no podemos movernos a pesar de la llovizna que ya empieza a humedecer nuestras caras marchitas. La incertidumbre nos mantiene anclados. La criatura ya no está en casa, se escapó por una grieta de la fachada antes de que la encarcelaran. Su insoportable sonido ya no contamina los muros cada vez más estrechos. Del naranjo siguen brotando como tumores las frutas que no dejan de caer. Las cuales van formando un tapete fétido sobre la tierra. Eso quizás es lo de menos. Lo preocupante es cómo evitar el fantasma traslucido de mi hermana Clara, que desde ayer nos busca insistente sin entender por qué la ignoramos y por qué hay tanta sangre en el cuarto de servicio.





El coleccionista





era exactamente como lo vio en algún lugar de su cerebro. Las pequeñas flores de pirul aterrizaban sobre las mesas. Escuchó el rechinido de los columpios en su frenético ir y venir, los gritos de los niños enredados unos con otros hasta volverse las variaciones de una sola voz.

Aquél día, el sol fue opacado por nubarrones que extendían sus cuerpos grises sobre la atmósfera cálida. Las calles se oscurecieron y aun así la encontró.

Era una moneda, al recogerla se dio cuenta que tenía algunas ralladuras sobre una de las caras. Parecía haber sido arrollada por un tren. Con las yemas de los dedos acarició la tersura, la frotó algunos minutos. Satisfecho de su hallazgo la metió en una caja de madera donde tenía cautivos otros objetos pequeños.

El hombre solía arrastrar la mirada sobre la banqueta, siempre buscando. No había límites, era valiosa cualquier cosa que perdiera alguien por la prisa. Cada objeto era coleccionado y noche tras noche sacaba con cuidado cosa por cosa acariciando su textura. Fabricando historias, llenando las bolsas vacías de su memoria con evocaciones ajenas.

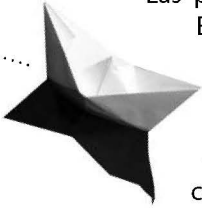
No había recuerdos propios que flotaran sobre su almohada. Y los que por fin lograba percibir se disolvían sin remedio como sal en las lagunas que con el tiempo se formaron en su mente.

Pasaron los días y no podía resistirse a abrir la caja y sacar la moneda de nuevo. Una tarde, sintió en las yemas de los dedos esa sensación extraña. El cosquilleo que solía caminar sobre la mano pasando por los brazos hasta llegar a su frente. Era agradable y junto con ello venían a su mente imágenes desconocidas que le gustaba percibir como si fuera dueño de ellas.

Esta vez con las bocanadas de viento, volaban flores diminutas y amarillas; era un parque, una mesa metálica y la sombra de un voluminoso pirul.

Sobre la mesa sólo podía ver una imagen fragmentada, el brazo velludo de un hombre y en otro ángulo el perfil de una mujer.

Fue tan nítida la imagen que sintió vértigo. Nuevamente guardó la moneda y recorrió inquieto su habitación. La soledad se posaba en cada objeto. Él mismo podía sentirla filtrarse en los poros, hasta llegar a los huesos. Deseaba cerrar los ojos y al abrirlos poder estar en ese lugar.



No se conformaba con sentir los fragmentos de esa emoción que no le pertenecía y quiso ir al sitio desplegado como evocación.

Conocía el parque, éste era una mancha verde atrapada en los brazos de una ciudad desbordada, en el que las personas solían cambiar su aire artificial por algo más parecido al oxígeno. La emoción giraba como un ave entre los árboles agitando las ramas y no era necesario usar los ojos, porque los recuerdos incrustados en su mente le aclaraban la ruta.

Descubrió a la mujer que sólo conocía por el código de los recuerdos. Sus brazos se habían extendido con un libro en las manos. Nada la distraía a pesar de los ruidos que la rodeaban. Un hombre alto y esbelto con ropa deportiva se sentó junto a ella. Reconoció el brazo que apareció en el recuerdo. El joven dirigió su mirada marrón con curiosidad hacia el coleccionista, éste permaneció parado sin saber a dónde ir. Se acercó un poco más hacia la mesa pero no pudo decir nada, porque en realidad no había nada que pudiera decir. Deseaba quedarse y acompañarlos en su beatitud. Poder sentir esa libertad que sólo el no desear nada la puede dar. No obstante sabía que era imposible desprenderse de lo guardado. No podía renunciar a los recuerdos robados que comía su memoria famélica. El momento se cuajó y él quedó atrapado como un insecto en una gota de ámbar. Pensó que no escaparía. Sin embargo el tiempo fluyó con las corrientes de aire liberándolo. Siguió la ruta de sus pasos sin detenerse hasta su departamento. Ahí estaría protegido por todo lo que lo rodeaba en su mundo diminuto. Enumeraría cada cosa una y otra vez. Al fin de cuentas era posible contar hasta el infinito.





El niño



olora incienso medio náuseas, aún así seguí caminando por el pasillo. Era curioso cómo las figuras de pasta no veían hacia el frente como en otras iglesias: tenían la cabeza dirigida hacia el altar. Con esos ojos grandes de miradas melancólicas que llenaban todo el sitio de indulgencia.

Era casi de noche, aún así quise entrar. Era más la necesidad de aplacar las brasas de mi inquietud. A pesar de que la luz de la tarde era tenue, se podían ver las pinturas del techo, donde ángeles pintados parecían escapar siguiendo la luz rojiza de los vitrales.

Seguí adelante, las bancas estaban vacías; sin embargo aún se percibía el calor de la gente que unas horas antes estuvo ahí. La fuerza de mis pasos sobre el mármol creció con el eco.

Después de unos momentos vi al pequeño con su mirada vacía, rodeado de veladoras que como espíritus temblorosos, representaban la fe del pueblo. El rencor se arrastró entre las bancas hasta incrustarse en mi cuerpo. El olor imprudente de las rosas y los crisantemos despertó mis recuerdos.

En esa época yo también era pequeña. Y a pesar del tiempo que ha pasado, puedo escuchar todavía los cantos desafinados de las ancianas de ropas negras, los ladridos de los perros en la plaza, la voz monótona del sacerdote en medio del calor y el canto de mi madre unida al coro. Ese día, mamá tomó mi brazo con fuerza y nos perdimos entre los innumerables cuerpos que llenaban el lugar. Llegamos hasta el altar y el olor a sudor e incienso se fusionaban en mis aspiraciones. Los hombres de un lado, las mujeres con sus velos del otro. Al acercarme al capelo, donde estaba el niño, éste se cayó sin que yo hubiera hecho algo. La burbuja de cristal se hizo pedazos y a la figura se le fracturaron los dedos. El sacerdote levantó la imagen como si se tratara de una criatura viva y mi madre furiosa me obligó a pedir perdón y a hincarme. Uno de los pedazos de vidrio penetró en mi rodilla. Intenté sacar el trozo transparente, pero no pude. El niño de pasta me miraba con sus ojos de vidrio, ausentes de todo sentimiento. El sacerdote me decía cosas que para mí eran incomprensibles en ese momento, palabras que hablaban de pecados. Mamá me sacó del templo con las rodillas sangrando. El camino a casa quedó sobre mis recuerdos como una cicatriz.



Aprieto con fuerza el mango del martillo, el sudor moja mi puño; lo dirijo a su cara brillante e

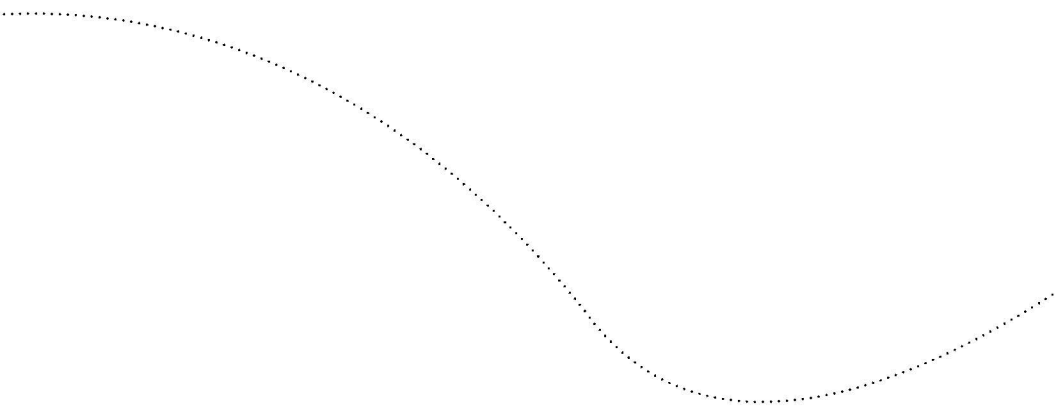
inanimada. Mis ojos observan hacia las manos, siguen ahí las varillas que salen de lo que antes eran dedos. Me cosquillea el estómago, las pupilas de la diminuta figura están fijas y vacías. El silencio me obliga voltear hacia las bancas. Los ojos se me humedecen de frustración y la gente que estaba ese día ahora solamente son fantasmas que dejaron las cenizas de un incienso viejo. Y mi madre... debía estar aquí como aquél día con la cara perpleja y marcada por la rabia. No estoy sola. Una niña pequeña me mira desde atrás de las bancas. La vergüenza debilita mi brazo. Bajo el martillo y de nuevo coloco con mucho, mucho cuidado el capelo. Doy el primer paso con esfuerzos y camino por el pasillo. Escucho de nuevo el eco casi imperceptible de mis pasos irregulares, con el sonido que produce la cojera. Al llegar a la puerta me asusta el sonido estridente que produce el vidrio cuando se estrella. Me detengo sólo por un momento y volteo, la pequeña figura de pasta esta nuevamente en el suelo pero ahora hecha pedazos. Veo a la misma niña pequeña: corre, baja del altar y sin más, se desvanece en el piso de mármol.



Nicotina

Nunca hice otra cosa que fumar la vida...

Fernando Pessoa



De tu boca reseca y débil, arrojas el humo formando círculos que con el aire ondean y ondean hasta deformarse. Esparciéndose por todo el departamento, casi puedes tocar ese telón nebuloso.

Ya perdiste la cuenta de los cigarros que has fumado; sin embargo, te delatan las colillas que permanecen en tu cementerio tibio. Ahora tus pensamientos salen en forma de niebla sin lograr transformarse en recuerdos. Ya has olvidado todo y no quieres que estos te obliguen a vivir de nuevo el pasado del que tanto te has escondido, atrapándote en un capullo interminable.

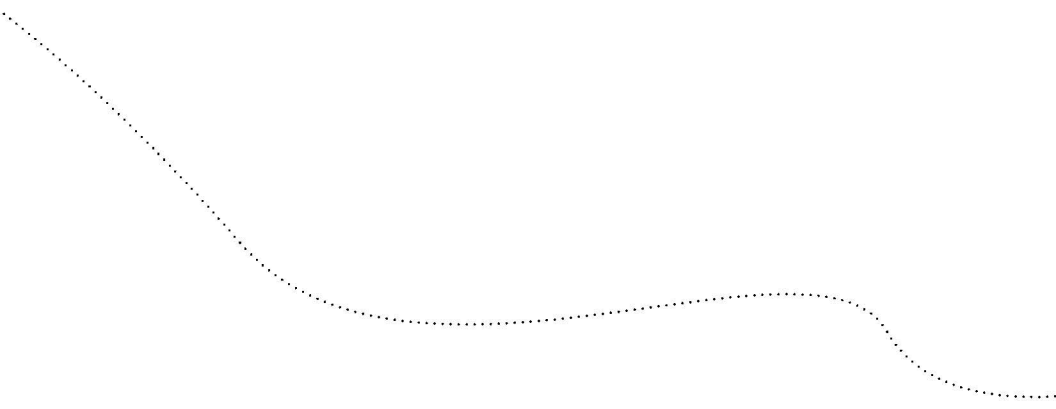
Los fantasmas de nicotina salen por la ventana apenas abierta. Ya casi no escuchas tu tos, parece lejana, como de alguien que ya no reconoces.

Una cascada de saliva, como hilos transparentes, recorre las paredes de tu garganta con dolor. Observas el ojo y escarlata del cigarrillo encendido, éste parece enorme entre tus dedos manchados de ámbar. Tu habitación es ahora una maqueta de cartone. Te sientes ligera y flotas siguiendo las ondulaciones del vasto gas. El pánico de ya no tocar el suelo te invade, pero te acostumbras en unas cuantas horas, que con sus alas de libélula te siguen como fieles mascotas. Tu cuerpo se vuelve tan delgado como la corriente de aire que pastorea la nube. Sales por la ventana y comienzas a elevarte hasta que pierdes toda ubicación. No te importa tu casa, ni la leche que dejaste hirviendo sobre la estufa. Te gusta ese pensamiento irresponsable que sustituye a tu último recuerdo. Te libera. Vuelas un poco más, alguien del piso cuarto aspira un poco de tu cuerpo y tose, tú sigues elevándote como una interminable medusa. Te llevas sólo unos cuantos minutos que se pegan a tu aliento que ahora modela tu nueva forma. No hay más destellos del pasado qué descifrar... Sólo humo.





Las espirales





-¡¿Viene dos cuernos retorcidos como caracoles en la sien?! ¡¿Quién podría creer eso tan absurdo?!- Se decía Laura para sus adentros: -Llevo años viviendo en este lugar y jamás he visto cosa tan descabellada-.

-¡Qué forma tan mala de presentarse! ¡Por Dios!- en lugar de dar el golpe intentar convencerme con un lugar común, que por lo general funciona bien. Llega a mi puerta, toca, y en el momento que le abro, sólo dice que vio hace algunos segundos en este jardín algo tan disparatado.

Arrastrando la desconfianza como un costal, Laura se sienta frente al espejo y repasa varias veces lo sucedido, ni siquiera se explica cómo dejó entrar a ese muchacho y cómo le permitió que le dijera tantas estupideces, aunque después de todo con una taza de café las palabras no supieron tan mal. Sin embargo, no podía dejar de lado que era un desconocido.



Con aprensión vio a su alrededor. Observó cada lugar que él debió revisar esa tarde, y se relajó al no ver nada que delatara algún rasgo de su interior o un recoveco donde se pudiera asomar su vulnerabilidad.

Los ojos suaves del hombre casi la convencen de sacar a flote su credulidad, mas los pensamientos como soldados, retiraron cualquier acercamiento inconveniente.

Ella se acuesta en el edredón, imagina el rostro de él reposando en una de sus almohadas, mientras mira con angustia cómo el cabello se le humedece con las ensoñaciones que no ha sabido retirar de sus sábanas. Él podría entonces, tomar esa inconveniente información y utilizarla como un fusil.

Se asoma por la ventana, en el paisaje cotidiano sólo puede ver tres elementos esenciales amarrados con hilos transparentes, pasto simulando vello, el cielo que a ratos pareciera caer, como una placa azulosa metálica y el fondo amarillo de dos edificios de departamentos, donde las ventanas abiertas la miran desde todos los ángulos.

Cierra la persiana atrapada en sus propios suspiros, regresa a su habitación e imagina al hombre que entra en forma de alucinación nuevamente. Su piel se relaja y crece por toda la cama. Él con su cuerpo, intenta ser un contenedor de esa carne vertida. Laura ve su vulnerabilidad que abre paso a la euforia. Ya la situación no la inquieta. Su cama ya no es su cama, es una

amalgama de olores, que se dispersan entre las sábanas de franela, renovándolo todo.

Se levanta y abre la puerta, como si alguien estuviera esperando en el otro lado desde hace muchas horas. Sin equívoco él está afuera. Lo deja entrar con naturalidad haciendo a un lado toda culpa.

Laura se queda mirando hacia el jardín, ve la figura de ojos oscuros mirándola, colmando su interior de algo que se parece mucho a la fe. Ella queda envuelta en su perplejidad. Indudablemente existe, él no le mintió, ahí está con sus cuernos como perfectas espirales de caracol en cada lado de su sien.



La sala de espera

Cordelia y otros fantasmas



En el pasillo iluminado, con una nata de luz neón, las enfermeras brillaban como luciérnagas sin que alguna le prestara atención. La incertidumbre había pulverizado las horas que ensuciaban los mosaicos con su ceniza. El cansancio logró que desistiera de preguntar, perdiéndose en pensamientos transparentes que se estrellaban como palomillas en las lámparas.

Cuando Narciso se enfermó, ella se dio cuenta de la magnitud de su realidad. Nunca se preocupó por conocer el valor de las cosas y cómo administrarlas. A partir de su matrimonio, sin poder trabajar ni estudiar, el mundo se reducía a un jardín de flores muertas que regó mecánicamente toda su vida. Con el paso de los años, su panorama se desnudió hasta quedar tan simple como una figura de cuatro lados.

Mientras meditaba, un hombre se sentó en otro sillón, sólo alcanzaba a ver su silueta, vestido con un atuendo extraño. No podía adivinar de dónde venía o cuál era su profesión, simplemente era un hombre sentado que esperaba igual que ella.

El tiempo siguió atrapado dentro de un gotero, donde de vez en cuando las manecillas palpitaban.

Le tenía miedo a sus pensamientos, porque más que dolor sentía preocupación por su futuro. Debía vender sus cosas de valor. De reojo vio al hombre que la observaba devorando sus pensamientos. No quiso voltear, prefería seguir dentro de su averno.

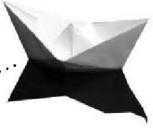
Cerró los ojos, aún así la incomodidad era insoportable; además de que la espera se trepaba sobre ella hasta matarla de cansancio. La idea de la muerte con sus tenazas rompió su serenidad. El hueco que dejaría Narciso significaba la pérdida de esa rebanada a la que llamaba vida.

Las enfermeras iban y venían de un lado a otro del pasillo, alborotando su angustia con pasos indiferentes.

El hombre seguía ahí y por más que ella forzaba su vista, no podía verle la cara y la ropa luminosa desdibujaba su silueta. Trató de mantenerse dentro de sí misma preparando el final. Sin embargo no podía y se levantó a caminar por los pasillos. Los recibidores estaban llenos de visitas, más que un hospital parecía un salón de eventos sociales.

El odio por su esposo tomó una consistencia sólida dentro de su pecho. -¡Maldito, me dejaste en la calle! ¡Después de desperdiciar mi vida contigo me





dejas sin nada!- El tumor había crecido como un capullo que la muerte se había encargado de tejer.

Regresó al sillón, la operación todavía no había terminado. Ella esperaba que el hombre se hubiera ido, no obstante seguía en el mismo lugar. Sintió una inquietud que roía su estómago, aunque él no se acercaba a molestarla, percibía sus ojos borrosos sobre ella.

Se abrió la puerta del quirófano y el doctor con un movimiento de mano le avisó lo que era inevitable. Regresó al sillón arrastrando su cuerpo como hilachos. Sólo observó los zapatos de los médicos y escuchó sus voces impersonales dándole el pésame. La distrajeron los gemidos desesperados del hombre desconocido a quien vio claramente.

Era Narciso. De la sala de operaciones salió una figura parecida a un mono. Ésta se trepó sobre su esposo. Aquella criatura fijó sus ojos negros sobre ella por un momento, mostrándole el lugar a donde lo llevaría. Mientras el hombre que en alguna época fue su esposo, violento y castrante, ahora era arrastrado por aquella figura parda como si se tratara de un globo. Sintió pena y le costó trabajo darle la espalda, aún así ella se fue sin hacer caso a los gritos desesperados de Narciso. Todo estaba claro, las cuentas estaban saldadas.





**Tinta para unos
diarios**



brimos el archivero y los encontramos. Después de varios meses fue inevitable regresar a la casa. El hule de noche perforó la delgada membrana de nuestro dolor, fuimos directo a la habitación de nuestros papás, estaba ordenada. Y los muebles cubiertos con plásticos.



Los diarios estaban en el último cajón de metal. Esa tarde empezamos a leer el primer cuaderno donde describía los primeros años de matrimonio y los momentos más importantes de esa época.

Así fuimos todas las noches a pesar de la tristeza que humedecía el aire. Era más importante para nosotras saber lo que había pasado. Duramos muchos días explorando en esa selva de palabras.

Después de varias semanas llegamos a los diarios de los cinco últimos años. Había dibujos hechos a lápiz donde aparecíamos nosotras y papá en el patio.

Leímos las primeras hojas y tratamos de recordar ese tiempo. Durante nuestros ratos en la casa, los recuerdos se maduraban hasta caer y reventarse. Un sabor llenó nuestras gargantas, al recordar el día que la cama de nuestros papás se dividió en dos camas. Yolanda siempre pensó que mamá ya no quería a nuestro padre.

Pasaron los días y también las páginas de los diarios, hasta llegar a un dibujo que nos llamó la atención. Nuestra madre hizo algunos trazos de ella misma acostada y acechada por una figura violenta, que permanecía al lado de su cama. Ella tenía el rostro desfigurado por el miedo.

En nuestras memorias, aterrizó un recuerdo disfrazado de dolor. Ella se fue alejando poco a poco de nosotras. Aunque nunca dejó la casa físicamente siempre estaba ausente. Ésa era la razón por la que Yolanda y yo preferíamos estar con papá, él para nosotras fue una víctima.

Los diarios describían todas sus actividades desde que se levantaba hasta que se dormía.

El segundo dibujo era desde la sala. Mamá sentada en un sillón y alrededor de ella aparecían figuras borrosas. Las siguientes páginas eran exactamente iguales a las anteriores, como si durante esa época no se hubiera movido del mismo lugar.

Una inquietud que no nos decíamos empezaba a cosquillear en nuestro interior, cada vez que íbamos a la casa se percibía una sensación mortificante.

Seguimos leyendo y los espectros invadían cada página. Al entrar nos asustaba ver el patio tan sombrío. No donde jugábamos de niñas con papá. Nosotras siempre defendiéndolo de los arrebatos de mamá que a veces surgían sin causa aparente.

Tratamos de no ir a la casa buscando cualquier pretexto, pero al final siempre regresábamos.

Hasta que una noche, cuando yo estaba leyendo, Yolanda con las primeras marcas de tristeza en la cara me dijo:

-Estamos viendo su vida plasmada en esos dibujos. Su soledad que empezó desde hacía muchos años. Ella veía personas que no existían y estos fantasmas llenaron sus dibujos-.

Y así recordamos con dolor, pasajes que en aquél entonces bloqueamos en nuestra mente. Los últimos años mamá casi no se comunicaba ni con papá ni con nosotras y varias veces la descubrimos hablando sola. La voz de Yolanda se cortó, pero seguía diciendo cosas que hacían brotar mis recuerdos. Ahora podía ver en la pantalla de mi memoria, la cara de papá y me dio miedo su expresión: cínica y perversa, la misma que confundí con serenidad.

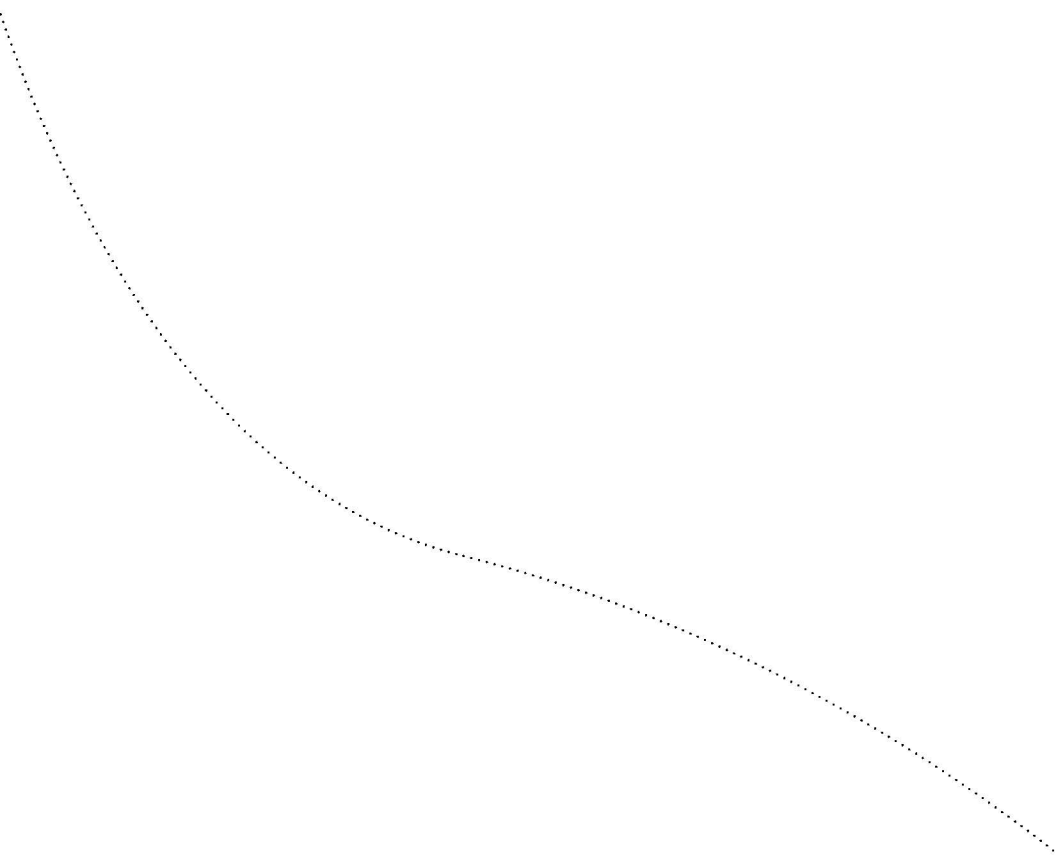
Yolanda tenía razón, porque las demás páginas no decían nada, sólo describían sus días con papá sin nada nuevo que contar, como un pedazo de celuloide que se repetía una y otra vez.

El miedo parecía llegar oculto en el aire meloso de las flores nocturnas. Fue inevitable descubrir, cómo una sombra con forma humana cruzó el comedor. Nos miramos sorprendidas. Mi hermana estaba pálida, yo traté de encontrar una explicación lógica, sin embargo antes de encontrarla, en las paredes del patio aparecieron figuras sombrías que se escondieron entre los dedos de las enredaderas. Sin decirnos nada salimos de la casa. Hasta ese momento, después de leer la última página del diario de mamá estuvimos preparadas para ver a los fantasmas. Esos que no dejaban sola a mamá, los que la aterrorizaron hasta llevarla al manicomio donde ahora permanece.

En el último dibujo mamá había cambiado de lugar, ahora estaba observando por la ventana. En un boceto papá aparecía acorralado por las sombras de las que él se burlaba. Ella dibujó cuadro por cuadro el momento en que él amarró una cuerda a la rama de un árbol y se ahorcó. Ella pudo saborear su única afrenta.

Fue una noche cuando el huelle de noche soltó su perfume con más intensidad.

Aromas perdidos





Elisabetta ha esperado tanto tiempo bajo los rayos furiosos, que el entusiasmo bajo su piel se fue. Por unos minutos, observa el ir y venir de las palomas y eso la tranquiliza un poco, sin embargo la incertidumbre no la deja de picotear.

Igual a un polvorón, el Coliseo Romano sólo se mantiene en pie por la pura voluntad de existir, mientras los autos con su humo y ruido lo enardecen como a un dinosaurio moribundo.

Dos hombres disfrazados de gladiadores la miran desde una de las puertas del monumento. Se siente vulnerable y eso aumenta su ansiedad. Piensa en irse y buscar una posada, pero antes de avanzar, una mano desconocida se posa sobre su hombro. Un muchacho vestido de negro, con lentes oscuros y nariz prominente, la llama por su nombre mientras la toma de la mano. Ella, sorprendida, se deja llevar.

La abuela había muerto, recordó aquel día lejano cuando recibió la noticia por teléfono. Elisabetta era su única pariente y le dejó la casona con lo poco que había en ella.

Ya instalada mientras hacía la limpieza del clóset, las encontró junto con varias fotografías y ropa desteñida. Estaban celosamente envueltas con periódicos y atadas con cordones.

Las sacó una por una de sus sobres; aquellas cartas habían permanecido escondidas como un rompecabezas que esperaba ser armado.



Una de ellas, quizás la más antigua, era la única semi cerrada con un sello roto de cera. Al abrirla salió el aroma de un perfume amaderado. En ese momento el olor se enredó en las mucosas de su nariz en medio de un estupor agradable. Volteó a ver el retrato de su abuela sobre el buró y la expresión de la cara en la fotografía le pareció triste.

De toda la correspondencia, ésta era la única que llevaba remitente. Estaba escrita en italiano y no era tan fácil de entender. Esa tarde no resistió la tentación de escribir a esa dirección, quizás los descendientes de quien las mandó aún vivían en esa casa y podrían contestar.

Después de varias semanas, cuando la excitación empezó a hundirse en el pantano de la cotidianidad llegó la respuesta. El sobre estaba maltratado, lo abrió sin controlar su emoción. De

éste, se escapó el mismo aroma como un lengüetazo, pero esta vez el olor entró a su nariz provocándole dolor y al mismo tiempo regalándole un placer intenso. Se contempló en el espejo y vio una gota de sangre escurriendo de su nariz.

A lo largo de los meses siguió encontrando cartas en su buzón. El aroma era un vapor que hervía dentro de sus fosas nasales, recorriendo todo su cuerpo. Las cartas con su tinta aromática cada vez llegaban más rápido según iba aumentando la inquietud de Elisabetta. En ese momento el sueño se evaporó de sus ojos y permaneció noche tras noche, mirando la pantalla negra del cielo totalmente confundida. Buscando los rostros de esos fantasmas que durante toda su vida presumió llamándolos sus “parientes europeos” quienes sin saberlo, le construyeron una máscara, que la hacía sentir distinguida.

Llegó la siguiente carta donde le daban indicaciones, el papel únicamente decía: 8 giugno, Roma all'esterno del Coliseo 6:00 della sera. La carta terminaba con un “ciao”.

Tenía que esperar unos días para sacar sus ahorros del banco y arreglar los trámites del viaje. Vio sobre su buró nuevamente el rostro borroso de su abuela con aquellos ojos que navegaban incansables en la marea de la melancolía.

Quedó suspendido en su memoria el recuerdo agrídulce de la abuela Silvana quien con su mirada vagabunda, susurraba una canción triste en italiano. Siempre pensó que a pesar de los años seguía viviendo en Erice. Llenando sus ojos todos los días con el agua de ese mar extraviado en donde la pequeña Elisabetta intentaba asomarse para tratar de ver en lo profundo el alma de su abuela. Sin embargo a Silvana el mundo nunca le importó, el cual, para bien o mal, giraba a su alrededor como un carrusel imparabile.

El abuelo un día le contó cómo fue el encuentro con ella. La conoció vagando por las calles como perdida, buscando a alguien que no podría olvidar. Decía que el llanto intenso de Silvana era un eterno oleaje sobre sus pupilas. Él se acercó hablándole en español y ella se tranquilizó al escuchar las palabras desconocidas como un arrullo y una sonrisa como luna que comienza a menguar se deslizó sobre la cara delgada. Accedió a irse con él a México, pero a pesar de todo siguió arrastrando su dolor como un ancla.

En medio del ambiente caluroso de Roma, el hombre de los lentes oscuros le sonríe sin soltarla. Elisabetta sin poder reaccionar

intenta zafarse, sin embargo aquellos dedos aferrados son fuertes y persistentes. Siente un dolor intenso en su espalda, después su cuerpo adquiere ligereza a pesar de la humedad que recorre rápidamente su espalda. Casi puede volar sobre el asfalto caliente. La gente cruza las calles como una marabunta sin prestarles la mínima atención, mientras los autos desquiciados van de un lado a otro sobre la avenida.

Elisabetta siente un extraño agotamiento que no la deja reaccionar. Llegan hasta un Fiat antiguo y suben a él. El italiano no la mira, sólo prende el automóvil y arranca cruzando las calles a mucha velocidad sin ver claramente las callejuelas bulliciosas de Roma, sólo luces borrosas.

El olor a perfume regresa tan intenso como las otras veces, viene de la parte trasera. Elisabetta voltea al asiento de atrás y descubre a un hombre muy envejecido de ojos enormes. En sus pupilas se quema una tinta oscura y aromática que la reanima. Él no deja de mirarla. Su piel es seda clara donde únicamente un esqueleto se cobija del exterior.

—¡Silvana!- le dice y luego sonríe mostrando sólo unos cuantos dientes.

Confundida, una pregunta se entierra en su estómago. ¿Quién es ese hombre que la contempla feliz, como si la hubiera esperado rebasando ráfagas de tiempo? ¿Y por qué la confunde con su abuela?

Pero ya qué importa; ella desangrada sólo se mantenía viva por la tinta que empieza a fluir por sus venas. El motor sigue y sigue aumentando cada vez más la velocidad y deja atrás a otros automóviles. La realidad permanece quieta como una moneda aprisionada en el puño de su mano.



Cordelia y otros fantasmas

Buenaventura



Todas recordaban el día que nació Buenaventura. Doña Lupe recibió a la criatura a media noche. La niña con sus ojos felinos miró los rostros pasmados que no dejaban de contemplarla. De pronto, del vientre de la oscuridad brotaron luciérnagas. Éstas con suavidad se pegaron al cuerpo de la niña transformándola en un panal luminoso y cobrizo. Los que estaban presentes se alejaron alarmados, pero la partera los calmó hablándoles sobre las señales de un milagro.



Durante toda la niñez los insectos luminosos y fieles la siguieron en enjambre a donde fuera. Después con el paso de los años creció y no sólo se había perfeccionado su cuerpo, sino también sus manos en la sanación de la carne y el espíritu de las mujeres abandonadas. Porque los hombres que huyeron de la miseria no regresaron jamás del otro lado.

El cuarto pequeño de adobe estaba a su máxima capacidad. La gente hacía cola para que Buenaventura les diera una barrida y masajeadada. La mujer morena y robusta parecía en éxtasis, concentrada en su fatigoso trabajo. Se deshacía en gotas de sudor que rodaban sobre sus mejillas. Relajaba los músculos con aceite de canela y el calor intenso que provocaban sus manos.

Durante la mañana, las horas se confundían con el polvo que se levantaba, cuando los rayos del sol intentaban quemar las casas de adobe, y las hormigas como virutas rojas plagaban la tierra seca.

En la noche, cuando el aire invadido de pobreza refrescaba, Buenaventura realizaba su segundo trabajo. Sentada en una mecedora de junco permanecía rezando rosarios para calmar a las ánimas inmersas en el cuerpo de la madrugada. Eso lograba mantener lejos las esferas luminosas que encendían la piel del horizonte.

Para Buenaventura las noches eran muy pesadas, a pesar de que durante los días llevaba a costas los rayos sólidos y ardientes del sol. También cargaba los achaques de sus vecinas quienes la visitaban para que las ayudara a resolver hasta el problema más sencillo.

Una de esas tantas noches, en las que había permanecido en su silla de junco provocando un sonido monótono y arrullador que hacía dormir a la gente y animales, la mujer vio horrorizada en la penumbra como habían crecido la cantidad de esferas ardientes sobre el paisaje pardo.

Habían regresado las brujas, que hacía años se habían robado a todos los niños. Buenaventura prometió que nunca pasaría de nuevo. Pero en ese momento la promesa se hizo polvo. Ahora el ejército no tenía fin y éstas aprovecharon para alimentarse con la poca luz que los últimos rayos del sol dejaron olvidada sobre el atardecer.

Supo entonces que no podía hacer nada; ahora sus rezos eran armas inútiles. Las figuras avanzaron iluminándolo todo. Los brazos viejos de la mujer se habían extendido hacia los lados para evitar el paso, sin embargo fue imposible. Sus lágrimas recorrieron sin parar el camino de sus mejillas surcadas, su cuerpo se quemó formando parte de toda la luz infernal que entró a la comunidad.

Las otras mujeres permanecieron escondidas en sus casas masticando su cobardía, pensando que el fin de Buenaventura significaba el destino incierto de ellas mismas. Sólo se escuchaba un sonido agudo como un violín desafinado. Las intrusas intentaban instalarse sobre los techos como figuras ardientes, bailando con frenesí.

Nadie pudo dormir. La madrugada calurosa bajó sobre las casas de adobe, pero un sonido conocido y alentador entró por todas las puertas vigorizando a las mujeres a recuperar su comunidad y las hizo salir de sus refugios. El ruido era el crujir de la mecedora la cual aún quemada seguía moviéndose con el viento seco. El mismo viento que levantó las cenizas de Buenaventura más allá de las nopaleras.



Cordelia





Decidí ir solamente para verla de nuevo. Estaba conciente de que ya los años se habían acumulado y tal vez la realidad me causaría desiluciones.

Ricardo Villalobos fue quien me platicó que había visto a Cordelia. Ya pasó mucho tiempo desde la última vez que fui a Real de Catorce, después de robarme la imagen de una muchacha morena de ojos azules. Se decía que ella era la acuarela de una relación fugaz entre una mujer del Real y la pasión momentánea de un hippie francés.

Tomamos la carretera que a ratos parecía retorcerse con el aire caluroso del desierto. Los recuerdos se habían arrugado en mi memoria. Pensé que Cordelia, con el paso del tiempo, terminaría por irse de Real de Catorce. Siempre lo decía y yo la entendía como nadie más.

Villalobos y yo llegamos al pueblo. No había cambiado mucho; las mismas casas ruinosas que más que residencias, sólo formaban parte de un retrato espectral. Había algunos restaurantes y muchos extranjeros sacando jugo del pueblo decadente.

Nos separamos. Yo fui al hotel, estaba más destartalado que antes pero parecía funcionar bien. Aún estaban los muebles de bejuco y también Pedro, el hombre de la recepción, quien me dio la llave sin preguntar.

Era la habitación número nueve, donde Cordelia y yo hicimos el amor por última vez.

He regresado. La colcha es la misma, aunque más desgastada, el paisaje aún lograba meterse en partículas polvosas. Desde la ventana el cementerio permanece bajo la marea de calor como un ahogado. Es el mismo que en la noche mostraba su máscara plateada. Cuando todos *nos viajábamos con el peyote*.

Me acuesto y no sé si es el efecto del recuerdo o en verdad puedo percibir, que huele a Cordelia. Ese olor a yerbas que se endulzaba con el aire caliente. Encerrados en este cuarto nos buscábamos con deseo y nos confundíamos con nuestras propias palabras.

La memoria se fortalece, mis manos acarician las sábanas y los recuerdos se recrean ocupando cada espacio del cuarto viejo. La excitación que me provocaba su cuerpo húmedo a pesar del clima seco, me hacía ver los colores que brotaban de las grietas del desierto como fuentes multicromáticas.

La estreché tantas veces por la espalda y acaricié sus pechos para evitar que huyera por la ventana. En este mismo cuarto, durante noches perseguí su piel que se mostraba como lienzo infinito bajo mis dedos.

Yo la entendía, porque el pueblo más que un lugar para habitar era una cárcel de paredes polvosas. Donde terminabas creyéndoles a los muertos que se cruzaban por las calles y te saludaban como si fueras uno de ellos.

-“Alguno de estos días me voy a ir, aunque tenga que robarme el cuerpo de una de esas serpientes que viven bajo el desierto” - Me dijo en uno de nuestros encuentros, mientras se reflejaba en sus ojos azules el final del páramo. Fue nuestra última cita. Me fui por temor de volverme un fantasma más, pero no quise contaminar todo con una despedida.

- ¡Cordelia! - Me atrevo a invocar su nombre en voz alta. Me da vértigo, sé que en cualquier momento regresará al cuarto número nueve. El calor se intensifica, entra por la ventana y calcina mi rostro. A pesar de que el felino azul de la oscuridad ya juega con los restos de un sol deshilachado. La espera es larga, ella me está castigando por el abandono.

Me distrae un ruido intenso, son las lápidas que crujen. Hoy el cementerio está cubierto de veladoras temblorosas y flores de compasúchil.

Me da pena. Villalobos me sigue gritando desde afuera buscándome, mas no pienso salir. Ahora sé que el hotel está vacío, aun así el eco de las pisadas suena en la escalera. No permito que el bullicio de afuera opaque nuestro reencuentro.

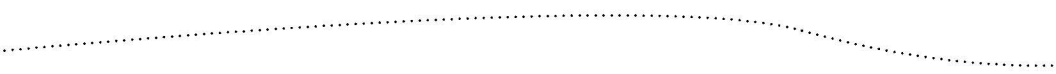
Escucho la perilla girar con un sonido que me recuerda un ronroneo, por un momento pienso en escapar, pero me quedo. Cordelia entra dejando caer los hilos del desierto que la cobijaron durante estos años. Sus ojos de niebla recuperan el tono azul y se endulzan cuando me ve, su sonrisa me da valor.

¡Soy Cordelia! - Me dice en voz baja. Por un momento me siento confundido y busco su silencio. La beso en los labios, casi no puedo escuchar el ruido de la calle. Me abraza cautelosa, toco su piel que refresca mi cuerpo acalorado. Se desliza enredándose en mi pecho que se agita. Es joven como antes. Lleno mi boca de la mujer.

Se derraman nuestros cuerpos inundando el desierto, que nos mira perplejo desde la penumbra. Por fin el pueblo triste duerme cobijado por el olor de Cordelia.



Genaro



En el jardín



El zacate recién cortado dejó salir un aroma a verdura cruda. Con esmero, las manos de Genaro dieron forma a la multitud de plantas que construían el jardín.

Las voces de los maestros y los gritos de los niños sofocaban el silencio de la escuela. El mediodía pasó con la irremediable carga de sol sobre su sombrero. Escuchaba sin mucho interés el bullicio que lo envolvía. El único pensamiento de Genaro era terminar de podar los arbustos y poner fertilizante a las flores. Después de horas el colegio quedó en silencio y una repentina oscuridad entintó la piel de los alcatraces.

La luna se forzó por salir de la espesura y por un momento, sólo un leve resplandor iluminó al jazmín. Las flores con el leve roce de las manos del jardinero, se desbarataron en pequeñas astillas como si fueran cristal. La luz duró poco. Ésta se metió entre los pliegues de cielo y no volvió a salir.

Isabel

La casa se colmó con el olor de las veladoras ardientes. Isabel ya no quiso asomarse por la ventana, pues lo último que vio fueron siluetas ocultas en el ocre de la noche oxidada. Pasaron algunas horas, pero aún su esposo no llegaba. Ese día, lo mejor era no confiar en la gente. Se desplomó en el sillón de la sala y se quedó mirando atentamente las llamas de fuego que oscilaban con la leve corriente de aire. Las gotas de cera marcaron el tiempo transcurrido. Pensaba en su esposo recorriendo las calles sin encontrar el camino.

-¡Ánimas santas, iluminen el camino de mi Genaro!-

La mujer repitió la oración una y otra vez sin poder escuchar el timbre de su voz.

Permaneció como una figura esculpida, sólo la incertidumbre palpitaba en su frente.

En la calle

Genaro no podía orientarse, todo era una penumbra rojiza. Sus pasos inseguros no lograban llevarlo a ninguna parte. Se oía el sonido metálico de una infinidad de autos al momento de chocar. Desconfiado, escuchó unos taconazos que se acercaban, pero abruptamente dejaron de oírse. Se mantuvo inmóvil para no tener contacto con lo que parecían personas, porque aunque aparentemente hablaban, más que palabras eran gruñidos desesperados. El olor a metal quemado penetró en sus fosas nasales.

El vendaval cada vez más fuerte hacía girar las sombras igual a un líquido suspendido. Buscó a tientas un lugar donde refugiarse y se quedó dormido en la entrada de un centro comercial en medio de los mosaicos fríos y un sueño ligero. Deseaba tocar con los dedos la claridad como una tela brillante, percibir el susurro caótico de las calles, deslizar los dedos sobre la cobija vieja y extendida sobre su cama, acariciar los párpados de Isabel antes de dormir.

El regreso

Los ladridos de los perros enmudecieron. Ya no se escuchaban pasos, sólo el chiflido del aire debilitado, aún muy frío. Se podía ver el resplandor a través de la piel ya delgada de la penumbra. Reconoció el camino a pesar del cambio dramático del paisaje. La basura extraviada rodaba de un lado a otro. No había gente en la avenida. La calle donde solía habitar ya no tenía un rostro. Sin embargo, su casa estaba en pie.

Tocó la puerta pero nadie le abrió. En la tarde volvió a golpearla. Isabel con precaución vio por la mirilla el rostro fatigado de Genaro. En las pupilas de su esposo, observó pasmada, el reflejo de la luz de las veladoras blancas, que todavía no terminaban de consumirse. Abrió la puerta sin pensar. Él por fin escuchó el sonido metálico de cerrojo. En la sala percibió el aroma intenso del copal, así como el candor de la última llama moribunda, la cual se aferraba a la mecha desnuda envuelta en una gran quietud.



The image shows a close-up, slightly blurred view of a stone wall. The stones are of various sizes and shapes, with a rough, weathered texture. The color is a muted, light grey or beige. In the center of the image, the word "Pascual" is written in a bold, red, sans-serif font. The text is centered both horizontally and vertically.

Pascual

Cordelia y otros fantasmas

Rosi no tenía ganas de hablar. Sólo miraba a través de la ventana la basura que el viento levantaba, haciéndola bailar al ritmo de una danza siniestra.

Su madre le gritaba una y otra vez, ella no le contestó sólo por sentir el placer de hacerla perder los estribos. Los gritos cada vez más histéricos apenas rozaron la impasibilidad de la muchacha. Encerrada en su mutismo salió a la calle, mientras la voz de Tonanzin se estrelló en la puerta cerrada.

Las calles empedradas eran testigos de los planes de Rosi. La excitación que provocaba sus pensamientos ponía a vibrar su cuerpo.

Llegó a un edificio destartado. Sin prisa, fue contando los escalones para protegerse de la mala suerte. Un olor a cebolla con ajo salía de alguno de los departamentos. Llegó hasta el último piso y tocó una de las puertas con ansiedad. Abrió con pereza un muchacho cadavérico. Rosi quedó paralizada; todo el valor se marchitó dejándola vacía.

En la cara de Porfirio brotó una sonrisa hueca y siniestra. Por unos momentos miró el uniforme de colegio.

- ¡Órale la niña de escuelita cara! ¡qué milagro! -

- ¿Me conseguiste eso? -

- ¿Cuál es la prisa? -¡Pásale!-

- No, ya me tengo que ir al colegio. Anda dámela rápido -

-¿Tú crees que fue fácil conseguirla? ¡Es de las que usa la chota y te va a salir un poquito más cara! -

Rosi sintió su rabia contenida, ya no podía soportarla dentro de su pecho. Entró al departamento. Oía a mugre de muchos días mezclada con el tufo del pegamento con el que se drogaba. Ella se quitó el suéter azul y la blusa blanca, mientras se acostaba en el catre sin preocuparse por las sábanas revueltas. Fastidiada, navegaba con la vista sobre el techo enmohecido.

Su imaginación la llevó a ver figuras espeluznantes. Porfirio se acercó con una expresión vulgar y perversa. La besó por unos minutos descargando casi de inmediato su excitación sobre el vientre moreno de la muchacha.

En la casa plagada de silencios, Tonanzin se quedó sentada rumiando su vida frustrada como una vaca. El recuerdo de la violación estaba claramente definido en su memoria y le revolvió el estómago.

Esa tarde, caminó como todos lo días atravesando el campo



de fútbol que estaba en frente de la fábrica. Pascual el intendente del campo, la saludó como otras veces. No obstante ese día se acercó más de la cuenta. Su rostro con cráteres en la cara esta vez no sonrió. Ella siguió adelante arrastrando la mirada sobre el pasto amarillo de la cancha, pero el hombre sin decir nada la tomó en los brazos, a pesar de los gritos que el viento apago. Pascual la metió en el baño. El olor penetrante a amoníaco de los excusados la noqueó. Cuando el hombre se fue trató de levantarse pero fue inútil, sólo vio los azulejos del techo que se derretían sobre su cara rota. Se arrastró hasta el campo de futbol, con la esperanza de que alguna de sus compañeras de la fábrica la viera.

Pasó semanas en el hospital. El hombre la había violado, tenía rota la clavícula y golpes en todo el cuerpo. Pascual no volvió a aparecer. Sólo en forma de espectro, que anidó en el hueco más doloroso de sus evocaciones.

Después de unos meses nació su hija. La cara de la niña era muy parecida a la de aquél hombre.

Al recordar, Tonanzin saboreó la amargura que escurría de sus labios. Todo estaba en silencio, sin embargo podía escuchar el aleteo de las mariposas pardas del odio estrellándose en las ventanas.

Rosi llegó al colegio, miró a su alrededor sin sentirse parte del entorno, había una pared invisible que no le permitió jamás formar parte de su grupo. El peso metálico dentro de su mochila granate le recordaba que tenía el poder sobre todas esas niñas estúpidas que se burlaban de su timidez.

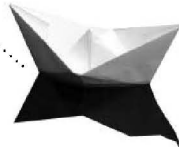
Tonanzin aún en el sillón, permaneció varias horas sin querer moverse. El miedo era un ciempiés arrastrándose hacia ella. La casa cambió abruptamente: salió pasto de los mosaicos azules y los muros se adelgazaron igual a terrones de azúcar hasta desaparecer. Sólo observó una planicie que dejaba entrar el aire puro. A lo lejos divisó la fábrica como un óleo terrible que empezó a pintarse nuevamente. El hombre siniestro esta vez no se fue como en otras pesadillas, se plantó frente a ella disfrazado como una estudiante de falda y suéter azul.

Rosi vio a su madre con la cara perturbada de terror como muchas otras veces pero esta vez era diferente, porque en la mirada se dibujaba su decisión.

Siempre supo que algún día tendría que enfrentarla y no correr a su habitación como otras veces.

Tonanzin estaba paralizada viendo al hombre acercarse, el cual se volvía cada vez más grande. Pero esta vez sacó fuerzas para terminar con la pesadilla. Tomó de la mesa del comedor un cuchillo. Trató de herirlo, sin embargo este ya había sacado de su mochila granate una pistola y le dio un balazo en el pecho. De la herida de Tonanzin salió un pequeño hilo de sangre que fue manchando el piso, mosaico por mosaico.

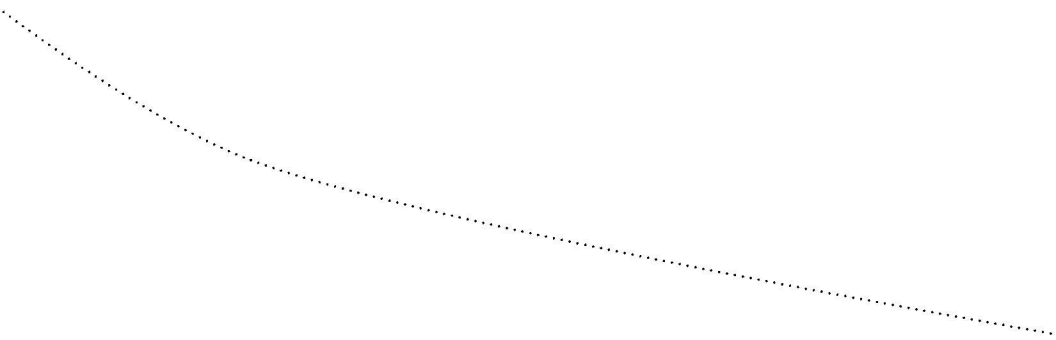
Rosí la miró largo rato con una extraña serenidad. Ese día durmió tranquila, ya no tendría que cuidarse de mamá después de las once de la noche, quien entraba a su cuarto susurrando oraciones pidiéndole a Dios que su hija muriera. Cosa que nunca pudo entender, como tampoco porqué algunas veces la llamaba Pascual.



Berta y Tadeo

No había un solo ser humano de entre los millones que pueblan la tierra capaz de compadecerse de mí y prestarme su auxilio.

Mary W. Shelley





u ansiedad lo obligaba a brincar los escalones de tres en tres como un gallo. La cabeza le retumbaba, sin embargo podía más la prisa por salir del edificio a pesar de no saber el porqué.

Después de un largo trote llegó al cuarto de azotea. Se dejó caer en la cama convertido en un costal de grava. La migraña no lo dejaba recordar lo que había ocurrido. El humo del cigarro de marihuana instalado desde un día anterior en su gabardina negra le daba asco. El frío despertó un dolor punzante que mordía su vientre. La camiseta tenía un poco de sangre seca, con cuidado la apartó de su piel. Encontró una herida ya cauterizada en el ombligo, todavía olía a carne quemada. Su intuición llegó a lo más profundo, tenía la sospecha de haber vivido una situación humillante. Se quedó quieto mientras la cúpula de la iglesia que se alcanzaba a ver desde la ventana, parecía moverse de lugar y alejarse del paisaje de tinacos y cables.



La mañana siguiente no logró limpiar su mente, desayunó una rebanada de queso reseco y jugo, desde el primer bocado fue imposible sentir su sabor. Así, comió sin ganas y subió al autobús. Ese día el paisaje era una fotografía descolorida. Nuevamente las náuseas regresaron y sin poderse contener ensució con su vómito el pasillo metálico. Los demás pasajeros no lo perdieron de vista, hasta que cayó en la banqueta de rodillas con un hilo de baba que aún salía de su boca abierta.

Se levantó como pudo y fue a buscar a Berta, se acordó que ella también había estado en la fiesta y seguramente sabía lo ocurrido.

Entró como si fuera su casa, subió las escaleras de madera hasta llegar al cuarto silencioso y revuelto. Ella permanecía acostada en su cama, la piel de su rostro era lívida y sus labios estaban deshidratados por la calentura. Tadeo sólo pudo decir con la voz cortada.

- ¿Tú también estás enferma?

- Sí, he vomitado mucho.

- A lo mejor alguna de las porquerías que nos dieron nos cayó mal.

- No sé, pero esto está bien raro, déjame te enseño.

Berta se levantó la camiseta y le enseñó una herida que partía el ombligo a la mitad. Él le enseñó la suya y sin decir nada, se quedaron acostados en la cama sin moverse, intentado que los

recuerdos fluyeran, mientras la figura de una virgen de pasta los miraba lastimosamente.

Los recuerdos de la fiesta se convirtieron en humo antes de ser recordados. Después de unas horas aterrizó la noche como una tormenta de ónix sobre sus ojos abiertos y labios silenciosos por el miedo. Tadeo no sólo sentía diferente su esencia, sino todo lo que lo rodeaba. Miró a Berta quien permanecía callada viendo el cuerpo vacío de la penumbra, se acercó a su cara y después de unos segundos pudo verla, ella también lo miró, era como si hubieran descubierto un parentesco gemelar. Él se recostó sobre el pecho de la muchacha para escuchar los latidos lentos y rítmicos y así evitar volverse loco.

Ella lo acompañó a la puerta sin querer que se fuera, fijando en Tadeo los ojos felinos como dos canicas verdes. Él se fue con su miedo amarrado en el pecho sin saber cuál sería la suerte de los dos, se despidió sin emoción, caminó por la banquetta sombría cubriendo su boca temblorosa con la solapa de la gabardina.

Al dar la vuelta a la esquina la ciudad era un rompecabezas desarmado, donde no podía ver la armonía dentro de ese caos de luces y movimiento. Necesitaba entender, pero sus razonamientos se habían traspapelado en el remolino de una ansiedad feroz.

Llegó al departamento con el peso de la madrugada quebrándole el dorso. En su cuarto intacto nada se movía, sólo su figura lánguida reflejada en el espejo. Sus ojos igual que los de Berta brillaban como cristales intensos, eso le gustó. Un recuerdo que entró inesperadamente por la ventana lo atrapó. Su obsesión de ver su cara en el espejo y no sentir decepción de lo que era.

Salió a la calle huyendo de los gruñidos de sus pensamientos. Ahora su mundo era oscuridad, calles infectadas de paranoia, y un micro mundo donde solamente sobrevivían los trasnochadores.

Entró a un bar y el primer trago de una cerveza calmó por unos minutos el temor. Una pareja platicaba en otra mesa, el sonido de los vasos y el murmullo de los encuentros, lo hicieron entender que ya no pertenecía a ese entorno que lo rodeaba engañosamente. La cerveza le revolvió el estómago y buscó el baño, cuando no quedó una sola gota que desechar permaneció en el excusado sollozando, prendido al único pensamiento que lo hacía sentir menos solo, Berta.

Salió del baño tambaleante, se sentó frente a la barra sin moverse, un espejo manchado de grasa descubrió nuevamente

su cara, ahora diferente, más angulosa. Esa mirada era demasiado penetrante para ser la suya. No era él pero al mismo tiempo sí. De repente lo distrajo una mujer de labios rojos quien se sentó junto a él y le sonrió mostrando algunas arrugas alrededor de los ojos. Le dijo con una voz pastosa:

- Yo creo que si eres tú.

- ¿Cómo dices?

- Parece como si no te reconocieras, llevas un rato mirándote en el espejo como un loquito.

Tadeo le sonrió sin dar ninguna explicación. Repentinamente sintió un deseo intenso de seducirla.

-¿Cómo te llamas? Le dijo sintiéndose cínico.

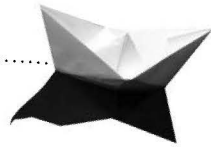
- Elvira.

Pasaron algunas horas para conocerse. Éstas se consumieron revueltas con madrugada y aguardiente. Llegaron al cuarto de Tadeo, la mujer con curiosidad se asomó por la ventana. Una cúpula franciscana surgía como un espejismo entre las azoteas. Tadeo observó a la mujer desconocida; su cabello era rubio sintético y su cuerpo delgado estaba cubierto con un abrigo de gamuza gastada. Ella se acostó en la cama mal tendida, con aire patético de mujer seductora. Lo invitó a tenderse junto a ella. Él besó su mejilla con deseo, el olor que salía de sus poros era dulce y lo olfateó nítidamente.

Elvira llenaba su oído de palabras huecas y jadeantes con olor a tequila, pero Tadeo no las escuchó. Los besos y el contacto con su piel eran lo que más le importaba. Siguió el olor excitante hasta llegar a sus pechos. Ella se dejaba llevar sin miedo, la luz lagañosa de la habitación los disfrazó de amantes por unas horas.

Con cada beso rugía dentro de Tadeo una agitación incontrolable, olvidando a la mujer que permanecía acostada a su merced. Ella, excitada, sintió la fuerza del hombre que no le permitía moverse. Tadeo por un momento se apartó de ella; su cuerpo desnudo estaba derramado e inmóvil sobre la colcha, sus ojos moribundos le imploraban lo que él no pensaba darle. Y sin más se desplomó como una marioneta después de su última función.

Aún así el instinto siguió adelante; besó su piel que ahora tenía un extraño color violeta, llegó a su boca y bebió las últimas gotas de saliva, comiendo con precaución la carne tierna de su lengua. Siguió con todo el cuerpo, dejando algunos restos.



La ansiedad se convirtió en satisfacción y de pronto fue consciente de lo que había hecho. Asqueado quitó la sábana y limpió los residuos esparcidos en la cama. Los pensamientos regresaron a su cerebro y le horrorizó no sentir compasión por la mujer. Con dolor sacudió los últimos remordimientos que quedaron en su vida anterior, salió tomando la avenida. La luz del tráfico nocturno llenó sus ojos y aún así la incertidumbre permanecía prendida a su sien obscureciéndolo todo. No quería recordar los ojos de Elvira implorantes, pero éstos estaban tatuados en su mente. El sabor de la carne quemada llenó su boca como un caudal amargo.

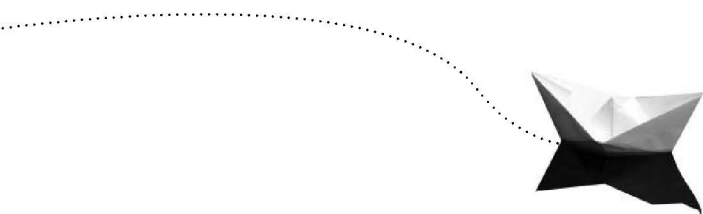
Fue directo a la casa de Berta, el único lugar donde podía recuperar un poco de paz. La puerta estaba entreabierta y su corazón se tranquilizó momentáneamente. Todas las luces estaban encendidas y los muebles en desorden. En el comedor destrozado, la muchacha de cabello negro permanecía sobre un cuerpo tembloroso, éste gemía débilmente. El salón olía a carne quemada, su saliva se había convertido en ácido que fluía en grandes cantidades sobre la carne azulada. Luego cesaron los quejidos. Berta lo vio un momento con los ojos grises y fríos, acordes a su nueva naturaleza. El sonido de una televisión a lo lejos se escuchaba como una voz vieja. Los pedazos calcinados permanecieron quietos, formando sobre el piso una figura humana.

El vértigo pateó la espalda de Tadeo, miró a su compañera como si se tratara la única persona del mundo, Berta se acercó a él con una aguda tristeza cincelada en su cara, él no pudo hacer nada más que aferrarse a su cuerpo. Salieron a la calle en busca del escarmiento, éste les daría un poco de paz. Sin embargo, las personas atrincheradas en su aislamiento y con las preocupaciones orbitando alrededor de sus cabezas, caminaban frenéticamente sin verlos.

Berta y Tadeo se unieron a la muchedumbre fingiendo ser parte de ellos. Y los transeúntes ensimismados quedaron ocultos bajo las sombras de los dos muchachos, que sólo esperaban la inevitable hora de comer.



**Inés, Federico
y Déborah**



Inés en la noche

Colocó su cabeza entre el colchón y la almohada para amortiguar su tos que resonaba por toda la casa. No quería despertar a su hijo.

Era imposible dormir con la tos y el calor que asaba todos los objetos. La cama, ahora era sólo suya y era realmente miserable.

Aceptó que desde hacía algún tiempo el amor se había terminado, y la rutina era la mejor manera de mantener el matrimonio a flote. A pesar de la situación, él despertaba a su lado. Tan sólo el pensar que todo había cambiado hacía que una burbuja de desesperación creciera en su pecho hasta reventar con dolor como una ampolla.

La tos no cedía, después de unos instantes de serenidad esperó el siguiente espasmo. Trató de controlarlo, eran tan fuertes sus ataques que en cada uno parecía desbaratarse. Una noche, sintió cómo desde el centro del esófago salió algo que vomitó con mucho esfuerzo.

Después llegó una sensación que no era dolorosa, sino de letargo. En algún lugar del pecho donde desde hace meses había crecido incontrolablemente la rabia, ya no sentía nada.

No le dio importancia. Permaneció despierta mirando los objetos cubiertos de una capa fina de negrura. Observó el techo apenas visible y en una esquina vio una mancha desconocida como si se tratara de una quemada. Pensó que era un efecto visual y prendió la lamparita de su buró, sin embargo el pecho se le comprimió al verla pegada en el techo. Se acercó asqueada, ésta parecía bien adherida al tirol.

Fue por un cuchillo y trató de rasparla, y ésta no se quitó.

Con el miedo aferrado a sus intestinos volvió a la cama. Tenía una sensación de asco y temor revueltos, no pudo dormir pensando en la procedencia del manchón.

Inés y Federico

Aquel día lejano, una mosca se paseaba en pausas sobre los platos sucios. Inés con la cara desencajada, permanecía sentada con la mirada extraviada en el piso de mármol. Federico la miraba

tragando el jugo amargo de la culpa. Sólo se escuchaba la televisión como una caja parlante que ya nadie entendía.

- ¡Ya no voy a regresar! - Dijo Federico. Y sin más, tomó la maleta y salió de la casa, se dio cuenta que era su única oportunidad para irse, no quería voltear y ver a Inés porque sabía que una fuerza extraña que percibía dentro del cuerpo de su mujer no le permitiría huir. De un portazo dejó de escuchar los sollozos en la cocina y el sonido de los autos vigorizó su marcha.

Inés en la mañana

Cuando amaneció, la nube negra aún seguía estampada en el techo, pero ahora más grande. Tomó de nuevo el cuchillo y escarbó hasta llegar al cemento, a medida que escarbaba el tirol salió negro.

Le pidió a don Toño el conserje que cubriera la mancha con pintura blanca. El hombre viejo se subió a una pequeña escalera y puso la primera pasada de pintura y ésta simplemente se botó de la mácula. En el pecho del hombre entró una angustia insoportable y por la prisa de bajarse se resbaló quedando tirado en el piso con varias fracturas.

Inés en la segunda noche

Entró a su cuarto con precaución, ya el niño estaba dormido. Recordó que unas horas antes su hijo permanecía sentado con la mirada fija en el techo sucio.

Se acostó incómoda, apenas podía cerrar los ojos, dejó prendida una luz tenue para no quedar por completo en la oscuridad. El sentimiento de soledad creció dentro de ella hasta hacerla llorar. Aún estaba vivo sobre la almohada el olor de Federico.

De pronto interrumpió su llanto y sus ojos quedaron fijos en la mancha que ya era más grande, se escuchó un sonido intenso y del punto más oscuro fue saliendo primero la sombra de una cabeza sin rostro, ésta quedó quieta por unos segundos, parecía un carbón ardiendo. Inés se escondió detrás de la cama y siguió observando.

La figura fue saliendo lentamente, primero se vieron sus hombros, después los brazos delgados, la silueta incandescente se alargó como si fuera de goma hasta que tocó con sus manos el piso, después se descolgó y salió todo su cuerpo.

Ésta se incorporó aún desequilibrada, caminó por toda la habitación muy lentamente. Inés no podía moverse, sentía los músculos endurecidos por el miedo. De pronto la silueta movió la cabeza hacia Inés y se dirigió a ella. A pesar de no ver su rostro la mujer sintió su mirada.

La figura distorsionada dio algunos pasos más, Inés quedó recargada en la pared con un dolor en su pecho. Esta acercó su cara parda al rostro aterrorizado de la mujer. Sus ojos eran un espejo sucio de la mirada de Inés. La mujer lívida quedó recargada en la pared.

Déborah y Federico

Federico al despertar, olvidó por algunos minutos dónde estaba. Era la habitación de Déborah. En una silla permanecía su ropa y el recuerdo de la noche anterior despejó su mente, fortaleciendo su decisión. Aunque le dolía mucho separarse de su hijo, en los últimos años la vida con Inés estaba llena de un desamor que no sólo flotaba por toda la casa, sino que lo perseguía a donde fuera.

El sonido de la puerta lo expulsó de su reflexión, una mujer morena salió del baño desnuda con el cuerpo y cabello mojado. Se dejó caer sobre la cama y se quedó mirando a Federico, él acarició con las yemas de sus dedos su espalda humeante y nuevamente hicieron el amor.

Inés

Volvió en sí, la despertó el dolor de la espalda. Vio a su alrededor entre las arrugas de la oscuridad. La figura había desaparecido. Un aire tibio invadió la habitación. Prendió la lámpara y la mancha en el techo ya no estaba. Su corazón aún brincaba alocado por la taquicardia, y una sensación inexplicable de tranquilidad saturó el cuarto haciéndola dormir.

En ese momento Federico desocupó la tierra de sus pensamientos y sólo quedó el nombre en la punta de su lengua y al pronunciarlo no sintió dolor.

Federico y Déborah

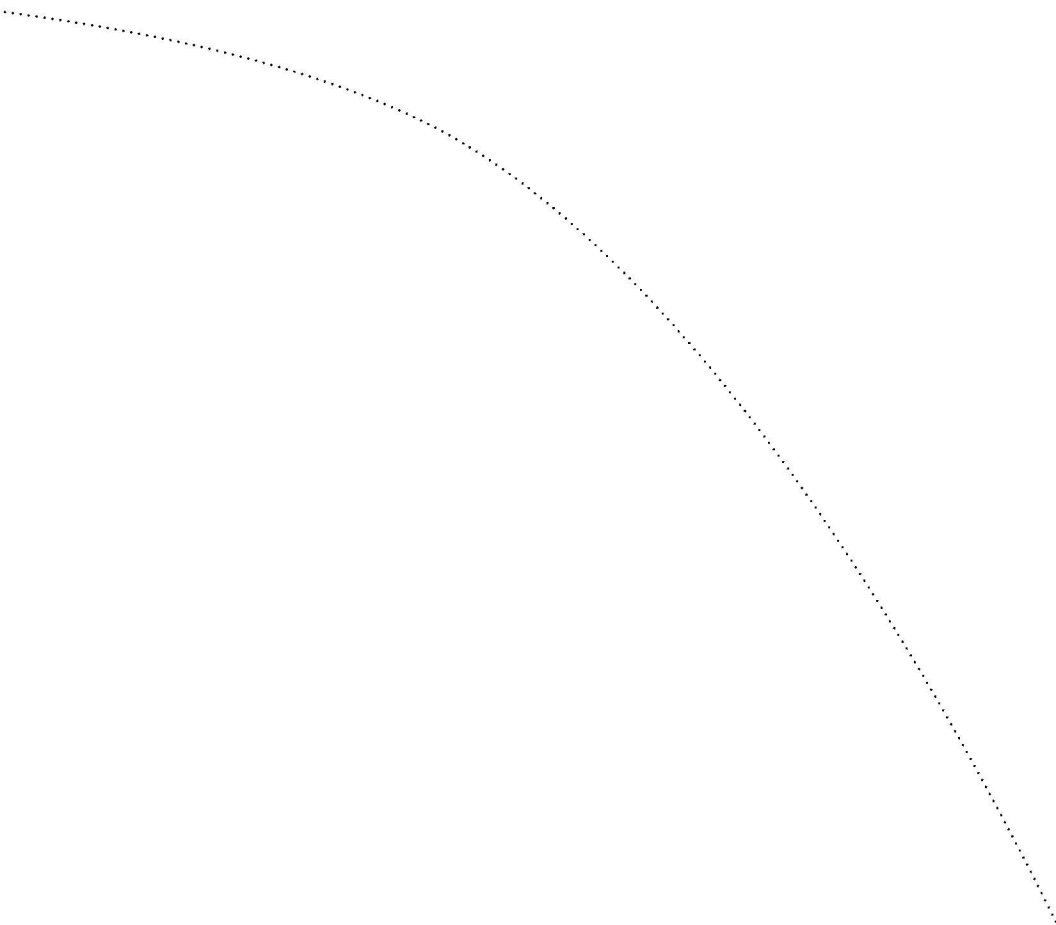
Sólo había una luz tenue en la habitación y venía de una pequeña lámpara. A Déborah no le gustaba dormir en medio de una oscuridad absoluta. Sin embargo la lobreguez tiene una ventaja: mantiene los objetos ocultos entre su piel parda, y siempre una ligera luz delata la presencia de cualquier objeto que antes no estaba y de pronto rompe con la armonía del lugar. Encendió un cigarro para apaciguar la angustia que sus pensamientos le provocaron. Y repetía hasta el cansancio las palabras que le había dicho Federico: No se puede robar lo que se ha convertido en ruinas. Aún así sentía inquietud.

Déborah fue la primera que la vio y despertó a Federico con sus gritos. La silueta estaba en la puerta de la habitación. La pudo ver mejor cuando ésta se iluminó con una luz naranja. Se movió quemando todos los objetos que tocaba, como si se tratara de una marioneta de hierro candente. Se acercó donde estaban los amantes; ellos cubrieron sus cuerpos desnudos con la sábana, como si pudieran con eso evitar su muerte. La figura se acercó lenta y determinada. No necesitó hacer nada, sólo aproximarse y tocar el colchón, para que todo ardiera y estos quedaran fundidos en una mezcla amorfa.

Inés ya no sentía odio. Este como un manojito autónomo de alambres se fue construyendo a cada paso y ahora estaba por las calles sin control incendiando todo lo que iba tocando.



Minerva y Ubaldo





Se levantó de la cama tratando de sacudir su cansancio. Era inútil, porque la respiración plácida de Ubaldo la desesperaba. El insomnio saturó la habitación como humo, esto hacía que Minerva mantuviera los ojos abiertos. Ubaldo a pesar de haber dormido con ella durante diez años, ya no era el mismo, estaba muy lejos. Minerva se preguntaba con los ojos llenos de oscuridad, ¿Cómo podía detener la avalancha de soledad que le esperaba? Sentía frío no sólo por el invierno que llegó aplastando el otoño, sino porque una nube gélida escarchaba su pecho, Ubaldo ya no la quería.

Ella, sin hacer mucho ruido se asomó por la ventana para arrojar su impotencia, sin embargo la sorpresa la noqueó. Estaban cayendo algunos copos de nieve. Minerva sintió mucha emoción y la tristeza por unos momentos se desprendió de su pecho como una costra.

Despertó a Ubaldo, éste aún adormilado se levantó y tampoco podía creer lo que pasaba, era raro que en el trópico nevara. Bajaron al patio, al salir se dieron cuenta que no había tal nieve, tocaron el piso y estaba seco.

En sus caras se dibujó la decepción y la intriga. Regresaron al cuarto y nuevamente se asomaron por la ventana, la nieve cubría el suelo, los bordes de la fuente y los árboles de mango.

Los dos quedaron asombrados, podían olfatear el miedo que empezaban a transpirar.

Se miraron a los ojos refugiándose el uno en el otro, después de tanto tiempo de no tener contacto alguno. Se asomaron de nuevo y ya la nieve era un capote espeso, dejaron sus miradas fijas en el manto blanco. De pronto en un lugar la nieve se empezó a mover, primero se vio una cabeza que brotó de uno de los cúmulos. Pasaron algunos minutos y salió el cuerpo completo de un niño que se quedó cerca del agujero en cuclillas. Después salió otro. Empezaron a correr por todo el patio perturbando el paisaje blanco. Ubaldo y Minerva cerraron de golpe la cortina en un intento inútil de borrar la imagen.

Minerva con el pecho oprimido susurró en voz alta una oración, Ubaldo la abrazó con una gran necesidad de formar parte de ella. En el patio la nieve seguía cayendo invadiendo cada rincón.

Ni las bancas ni las macetas podían verse. Ya nada les pertenecía.



Bajaron y el patio parecía el de siempre, sin embargo sabían que sólo era un espejismo, porque la imagen real se veía desde arriba.

No quedaba otro remedio que renunciar al patio, porque ninguno de los dos se atrevería a salir de nuevo a ese espacio.

Se asomaron a la ventana y los pequeños los observaban con los ojos inexpresivos. Se quedaron en la habitación, cerraron la cortina.

Minerva, en la penumbra, vio la silueta de su esposo. Se acercó a él y lo abrazó. Lo que más le sorprendió es que Ubaldo también buscó su protección.

El aliento frío del invierno se esparció por todas las habitaciones. Ubaldo contemplaba los labios temblorosos y azules de Minerva; esos que siempre fueron suyos y dejó olvidados en tiempos pasados. El viento rompió un vidrio de la planta baja. Los niños ya estaban adentro porque sus risas y pasos descalzos se oyeron nítidamente. La desesperanza los alcanzó cuando éstos, con sus cuerpos menudos se acercaron. Permanecieron horas cuidándose el uno al otro de la tormenta que estaba en todos lados, cubriendo de hielo cada objeto, hasta que éste los paralizó. Sus miradas quedaron fijas uno en el otro. Ya era tarde para un beso porque la escarcha ya había quemado sus labios.



Bitácora de una cita

A David Ojeda





Repasas cada palabra que vibra en tus cuerdas vocales. Las repites muchas veces mientras manejas el auto. Llegas a la cita y te distrae el mesero, quien te pregunta algo que no te interesa escuchar. Tú no le contestas y caminas entre las mesas ocupadas. Un hombre de saco gris te espera sentado. Con sus ojos negros sigue tu andar. El aroma a comida y un perfume penetrante se mezclan en tu nariz.

Te sientas. Él parece contento de verte, eso te anima a decir lo que tienes contenido en tu garganta. Tus palabras se humedecen en esa saliva que hace fluir cada frase.

Mantiene su mirada sobre tus ojos. No quieres hacer un preámbulo. Sientes tu voz áspera, intentas aclarar el tono, carraspeas varias veces pero no lo logras. Te distraen sus dedos que juegan con un cigarro apagado. Comienzas a hablar, él aún sostiene su sonrisa. No puedes contener el fluir de frases que salen sin parar. Después de unos minutos observas cómo su cara se ha tensado hasta ser irreconocible, piensas que algo está mal. Las palabras que parecían precisas, ahora son los vagones de un tren que irremediamente se descarrilan. Quedas atrapada en tu propia confusión. Tu garganta se inflama y sólo piensas en buscar un vaso con agua, para sofocar el páramo que se va extendiendo dentro de tu boca.

Buscas al mesero. Dentro de tus oídos sólo se escuchan las dunas del desamparo. La luz es ahora borrosa; porque sin darte cuenta tus pupilas se humedecen con las lágrimas. Las gotas amargas sobre tus mejillas se evaporan hasta llegar al techo. Después de un rato caen sobre el rostro descompuesto de tu acompañante. En medio del agobio, ves su cara que ahora parece expresar una profunda lástima por la situación. El sonido de todas las conversaciones lastima tus tímpanos. Diriges los ojos hacia la puerta. Tratas de adivinar la distancia y te das cuenta que será difícil llegar hasta ella. Comienzas a masticar una sustancia lodosa que surge del infierno en que se convirtió tu garganta. Decides irte del lugar sin despedirte, porque sientes un incontrolable cosquilleo en tu vientre. Tu piel se comienza a disgregar hasta ser polvo. Polvo que se instala sobre el traje gris del hombre impávido, las copas con vino, el pollo almendrado que no comiste y las pestañas de los comensales.

Caminas sin tus zapatos que inconscientemente dejas abandonados bajo la mesa. Y ves con horror el camino de arena que vas dejando sobre el mármol naranja.



Bitácora de una tarde

Despertó una tarde. Todos los años que permaneció inconsciente quedaron esparcidos sobre la cama del hospital. Salió con su traje ruinoso y la incertidumbre que en todo momento arrastraba como su único sentimiento.

La ciudad conservaba sus muros arcaicos, como enormes panales de cantera. Su memoria igual a una linterna de luz mortecina, fue alumbrando con incertidumbre los lugares que en otro tiempo eran su entorno.

Parecía reconocer las caras que de vez en cuando pasaban junto a él. No obstante, sabía que no las conocía porque aquellas deberían estar ahora arrugadas.

Llegó hasta la puerta del teatro de la ciudad. Y una voz que por momentos se volvía gigante lo atrajo con notas largas, rasgando la piel del silencio. No había nadie en la taquilla. Entró, la escalinata de mármol era la misma que se extendía en sus recuerdos.

Inhaló el aroma a madera y a terciopelo viejo. En el foro, una mujer cantaba con un intenso sentimiento que parecía salir de su cuerpo. El anciano se dejó contagiar de esa emoción que creía extinta en él, a pesar de que apenas podía ver los rasgos borrosos por la vista senil.

Había tres personas que más que espectadores, parecían náufragos en un mar de butacas. La mujer terminó de cantar y el anciano se levantó aplaudiendo con todas sus fuerzas. Las otras personas permanecieron sentadas reprimiendo la risa burlona que se escapaba de entre sus labios. Se hizo un silencio que sin más asfixió la música. El bochorno hizo temblar sus piernas y como todos regresó a su butaca. Ya no era el mundo en donde solía vivir; en donde las emociones daban vida a las cosas. La imagen de la cantante quedó congelada como lo que era, sólo una extraña proyección donde la carne era perfectamente imitada.



Bitácora de una fuga

A mi amigo Leo:

"La vida es un sueño, el despertar es lo que nos mata"
Virginia Woolf





Ucedió un día, de esos que pasan desapercibidos bajo el bullicio del mundo. Me esperaba revoloteando con sus alas en el pasillo. Lo percibí sin encontrarle forma, luego se alejó dejando en mí la estela de una evocación obsesiva. No pensé nada en un principio, pero era algo que por sí mismo comenzó a viajar como un velero por todos los cuartos. Me sorprendía escudriñando en mis emociones más internas.

Pienso en el paso implacable de las manecillas y un cansancio agobiante se multiplica como minas detonándome por fin. Me voy desprendiendo mientras dejo la máquina de la rutina aún en marcha.

Lo sentía en un lugar y luego en otro, lo respiraba, se anidaba haciéndose pequeño dentro de mis pulmones, luego volvía a salir inmenso arrojado por la fuerza de mi exhalación.

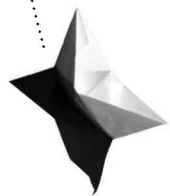
Pasaron los meses y con sus aleteos todo lo removía. Entró no sólo en el ritmo de mi respiración, también se mezcló con la sangre que hacía funcionar mis órganos y pensamientos.

Mi curiosidad fue inevitable. Lo busqué entre las arrugas de mis sábanas, en el algodón que rellena la almohada, en medio de las páginas subrayadas de mis libros. Una noche lo encontré aferrado al techo. Fue bajando sobre mi piel como una lluvia de minúsculas plumas que se filtraron en los poros. Sabía que se trataba de una invasión, además permitida.

Desde ese instante el mundo era sólo un cascarón donde el vacío lo ocupaba todo. Reposó ese perfume en el lecho de mis entrañas. Lo dejé vivir ahí un tiempo cada vez más convencido de mis pasos. Sólo así lograría revocar los huecos que el desamparo escarbaba en los muros de mi habitación. Todo mi cuerpo se fundió por fin con la esencia volátil hasta que nada me pudo mantener encadenado a la gravedad. Ahora de mí, sólo quedan mis pesadillas esparcidas sobre la colcha. Al partir las veo encogerse como virutas, mi yo se desprende rompiendo las amarras. Me alejo escondido en las velas que se inflan de viento. Traspaso los cables de luz que ensucian el cielo, nada me puede detener ahora, sigo adelante, sintiendo el vértigo de estar navegando en un velero sobre la nada. Nada que ahora es todo...



**Bitácora de una
mutilación**





se día tu cabello no se veía bien, estaba maltratado por el tinte y lo recogiste; sin embargo el vestido estaba impecable.

Te levantaste temprano para ir a tu compromiso. Saliste de la habitación con prisa rumbo a la avenida. Pero tuviste que regresar porque algo esencial se te olvidó. Ya en el cuarto, como siempre, tuviste que luchar un rato hasta expulsarla. La maniobra era dolorosa y la culpa te duraba días. Al principio siempre se resistía no obstante terminaba agotada de tanto forcejear. La dejaste encerrada en el vestidor. Regresaste en la noche, cargando la angustia, con esa terrible necesidad de tenerla de nuevo dentro de ti.

Había volado por toda la habitación golpeándose contra el vidrio como un gorrion. Por fin la lograste atrapar y se deslizó entre tus dedos. Quisiste gritar, en tu pecho hubo una necesidad apremiante de pedir perdón. No obstante, la exiliabas de tu cuerpo en cada salida.

Pensabas que la rutina te protegía; sin embargo te diste cuenta que todo tiene un límite. Regresaste una noche con un mal presentimiento.

El cuarto estaba desordenado, el espejo quebrado, la cama destendida. Ella no estaba donde la dejaste. Era esencial encontrarla porque el aire gélido dentro de tu cuerpo era insoportable.

Sabes que por su propia voluntad no escaparía, a pesar de todo siempre te esperaba.

Buscas indicios pero no hay nada, sólo los pedazos de vidrio de una ventana rota.

Sales a la calle sin poder ocultar tus lágrimas que se han vuelto negras por el rimel. No te gusta la soledad porque los espejos te obligan a reflejarte y a contemplar las huellas de tus miserias. ¿Recuerdas la última vez que la dejaste en tu cuarto? Fuiste a la cena y dijiste tantas mentiras sobre ti misma, que tu cara sólo era una máscara de cartón.

Corres de un lado a otro, ves a la gente como cuerpos difusos que se atraviesan en tu andar; la ceguera sigue después de la pérdida. La gente ya no te parece gente y el mundo se volvió una esfera sombría.

Llegas a casa y un molesto silencio aprisiona los espacios. No quieres quedarte sola. Te preguntas dónde estará ahora, quizás protegida con la paredes de otro cuerpo o evaporándose como una medusa con el sol de las tres de la tarde.

Pasa el tiempo igual que siempre. Tus ojos ven cómo las horas se derriten. A final de cuentas, hoy todas las cosas que te rodean están hechas de un barro denso.

Sin dormir, sueñas que tu alma aún está dentro de ti. Por la ventana la confundes con una nube, la intentas atraer, no obstante, pasa inerte y ligera en ese escenario que es el infinito. Te despidas de ella para siempre. Tomas el cepillo y peinas tu cabello teñido que hoy se ve bien, buscas el vestido glamoroso, acomodas a un lado de tu pecho el dolor como si se tratara de una orquídea de hielo. - A todo se acostumbra uno – Te dices a ti misma. Tomas tu bolsa y sales tambaleándote sobre los tacones rumbo al café. Tal vez encuentres a alguien conocido. De nuevo volteas a ver el cielo. Pero sólo logras que los últimos restos salgan revoloteando de tu boca entreabierta y se reúna con las nubes que efímeras e inertes siguen pasando, como si se tratara de un rebaño.



**Bitácora de una
noche mojada**





El frío de la banqueta mojada, después de días, penetraba entre los últimos despojos que quedaban de él. Los autos pasaban constantemente interrumpiendo la fluidéz de sus pensamientos. La casa aún estaba oscura y él tenía una esperanza moribunda que protegía de la lluvia para que no se agotara antes de tiempo.

Eran demasiados días en la calle. Mañanas arrugadas por los pasos de transeúntes que se mantenían al margen de su situación. Las madrugadas se desbarataron en alfileres húmedos, que constantemente mojaban el asfalto.

Un recuerdo estalló saliendo disparado por una grieta de su cráneo. Esa casa que no perdía de vista era suya; sin embargo, cuando escapó no tuvo tiempo de llevarse sus pertenencias.

Soportó dos meses, los que le recordaban ya hacía mucho tiempo lo mucho que trabajó para obtener por fin su hogar, al cual no podía renunciar tan fácilmente. La evocación se reconstruyó hasta ocupar todo su cerebro. Años vendiendo huaraches en el mercado. El olor a cuero que vivía en su nariz y el dolor dentro de su vientre, era lo único que lo volvía real.

La noche se desmoronó como polvo de carbón sobre los techos de las casas, y la luz de la habitación principal aún no se encendía. El tráfico se disolvió sobre los charcos grasosos. Sólo el hombre de la vigilancia pasaba en su bicicleta de vez en cuando haciendo sonar su silbato.

El odio que se paseaba sobre su piel lo mantenía caliente. Tantos años que ahora se escurría por la alcantarilla.

En su fantasía vio sus pasos cruzando el jardín. Deseó girar la llave, sin que esta vez el temblor se apoderara de su mano. Pensó en el sonido seco de sus pasos implorando ser el único habitante de la casa, mas el recuerdo de los sonidos de taconazos de personas que no podía ver, los murmullos en los cuartos y esa angustia por entender qué estaba sucediendo lo volvía cobarde.

Ya no tenía cuerpo. Sólo esa energía que remachaba su nueva identidad. Alguna vez se le ocurrió mover de lugar los muebles, sin embargo los que habitaban ahora su casa estaban tan preocupados por masticar su cotidianidad, que no se dieron cuenta y no los pudo asustar. Siguió sentado en la misma posición, vio cómo inevitablemente se prendió la luz lagañosa de una lámpara en el cuarto principal.

Sus manos no reaccionaron y permaneció con la mirada fija sobre sus dedos transparentes.

Sostuvo indeciso por unos momentos el pedazo de metal antiguo que era la llave, la cual ya no significaba nada. La vislumbró por última vez dorada rebotando en el piso, hasta que después de algunos cuantos golpes sobre la rejilla, misericordiosamente se la tragó la coladera.





**Bitácora de un viaje
con regreso**

Después de un rato sintió el frío de las lozas, el ardor en la cara por los puñetazos y el dolor en el abdomen que no la dejaba ponerse en pie obligándola a morder el polvo.

Se levantó forzando a su esqueleto a erguirse, el piso parecía fundido en su cuerpo. Duró todavía unos minutos recostada, mientras fue recorriendo con la vista los mosaicos que cuadrículaban su visión. La colcha en la orilla tenía algunas gotas de sangre. Por fin se levantó y fue hacia el baño. La luz densa, era una nata luminosa sobre sus ojos. El sabor de la boca era tan insoportable que sintió náuseas. Arrojó un chorro de agua color roja, escuchando el sonido agudo de su diente. La pieza blanca enterrada en el puño de su mano, se quedó ahí hasta que estuvo arriba de un autobús rumbo a Jalapa.

Miguel despertó en la mañana con la mente revuelta, los sonidos de la televisión eran martillazos que no lo dejaban pensar. Le pareció extraño que Elvira no hubiera apagado el aparato. Poco a poco el dolor de los nudillos lo hizo recordar. La buscó en la habitación, sólo estaba el silencio trepado plácidamente en las cortinas como un mono. Abrió la puerta del ropero y no estaban sus vestidos. La marea de furia dentro de su cabeza regresó con más fuerza, desquitándose con una puerta, hasta que sus puños llenos de sangre quedaron enterrados en la madera astillada.

Después como un títere, se derrumbó en el sillón.

Ella mientras tanto, subió con dificultad al autobús y hasta que logró llegar a su asiento, la tranquilidad la cubrió como una frazada. Un anciano de la fila del otro extremo la observó con lástima y ella resignada aceptó esa mirada con una sonrisa, no sólo porque merecía ese sentimiento sino porque además lo necesitaba. Un hombre se sentó a su lado, y en oleadas fue llegando un olor familiar que le recordó a su tío José, ese olor a piel, que saturaba su nariz cuando la abrazó tantas veces y se sintió a salvo.

Dejó salir por la ventana los pensamientos confusos, que igual que un papalote, volaron junto a ella durante todo el viaje.

Su esposo era único, nadie tenía esa mirada obscena que en muchos momentos la enloquecía pero en otros era ofensiva. Dormitó cerca del muchacho de la chamarra, pues su sueño era liviano como papel de china. Cuando deslizaba su mejilla sobre el cuero suave regresaba su serenidad. Sus heridas se fueron calentando. Deseaba que el autobús nunca detuviera su marcha pero era inevitable. Después de varias horas el motor se detuvo, los

pasajeros despertaron estirando el cuerpo invadidos por los olores a comida y sudor mezclados durante la noche. Con un esfuerzo enorme se levantó; el sonido del motor, la luz fría y la voz metálica anunciando las salidas, la aturdieron.

Tomó un taxi. El conductor la miró por el espejo retrovisor con curiosidad, pero ella evadió su mirada. A través del vidrio transparente podía ver que la ciudad no había cambiado.

Llegó a su casa, era la misma desde que la abandonó. La llave que se había robando hacía tanto tiempo abrió la puerta con facilidad. El patio era más pequeño de como lo recordaba. Se sentó en la fuente de cantera desgastada y la acarició con lentitud para sentir la humedad que antes se pegaba en sus yemas. Esas plantas microscópicas adheridas a la piedra, las cuales arrancaba con las uñas, ya no existían.

Tuvo miedo de entrar a la casa; sólo escuchaba sus pasos cautos sobre las lozas y algunos murmullos, los cuales no sabía de donde salían, sí del desagüe de sus recuerdos o de las grietas profundas del patio.

Aquel día que se fue con Miguel sin avisar, librándose por fin del dominio de mamá, no sintió remordimientos, sólo una euforia que se balanceaba dentro de su vientre.

Después de una noche de insomnio y cansancio, en la mañana la casa se veía descuidada, el brillo se había opacado por la falta de sus habitantes. Entró uno a uno a todos los cascarones abandonados que ahora eran las habitaciones. Después de unos días por fin se decidió a entrar en el cuarto de su madre. La sensación de su presencia le laceró la espalda, el miedo fue agudizando su olfato y un perfume remoto pasó cerca de su nariz como una caricia perversa. El fantasma se confundía con todas las cosas viejas que llenaban la habitación, pero los ojos fijos en ella, sobresalían como cuentas de ónix.

El fantasma de su madre no necesitaba abrir sus labios para atormentarla. Las palabras vibraron en su cerebro como las alas de una avispa. No podía creer que la unión perdurara aún después de la muerte y su miedo a la penumbra retornara. Sobre su cama de adolescente reposaban los sueños terribles que tanto la desvelaron. Y los objetos cubiertos de oscuridad eran nuevamente bultos malignos.

La casa seguía en movimiento, los sonidos que ya había olvidado los escuchaba nítidos como una máquina que alguien olvidó apagar.

El caudal de los pensamientos siempre llegaba al recuerdo de Miguel. Dibujó sobre las sombras los ojos grises donde le gustaba sumergirse hasta zafarse de su realidad. Los golpes después de dos semanas habían sanado, no obstante, el tatuaje de la ira quedó grabado en su cuerpo. Intentó evitar al fantasma de su madre, pero a veces la sorprendía en la cocina o en el reflejo de algún espejo buscando la manera de volver a gobernar su voluntad.

No tenía sentido seguir refugiada en esa casa y sin voltear cerró la puerta tras de sí. Tomó el autobús hacia Monterrey sin llevarse nada, ni siquiera la llave.

Después de un regreso, menos difícil, llegó a su casa. En el comedor habían unos plátanos ya negros. Toda la casa estaba desordenada. En la cama estaba Miguel profundamente dormido. Lo miró largo rato; parecía por la manera de roncar, haber olvidado el sufrimiento que le causó. La humillación que él grabó para siempre en su conciencia. Al verlo completamente vulnerable, sintió una lástima momentánea, aún así la mano del odio ganó y enterró un cuchillo destrozándolo. Se quedó unos momentos sentada al lado de su esposo que aún mantenía su cara extrañamente plácida.

Salió sin equipaje. Algunos vecinos la vieron huir, pero todos guardaron silencio. A nadie le interesaba el destino de Miguel.

Al escuchar el sonido del motor del autobús en marcha, abrió los ojos aturdida y no perdió de vista el manto de luces de la ciudad que se iba alejando cada vez más, flotando como espuma sobre la negrura espesa.



Por acuerdo del señor Rector
de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí,
Lic. Mario García Valdez,
se ordenó la impresión del libro
Cordelia y otros fantasmas
de Martha Gabriela d'Arbel Carlos,
cuya edición se terminó de imprimir el de Septiembre de 2009
en los Talleres Gráficos de la Editorial Universitaria Potosina.
Se imprimieron 500 ejemplares.



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE SAN LUIS POTOSÍ**

En contacto con lo que llamamos «realidad cotidiana» pocas veces constatamos la multiplicidad de niveles de existencia y experiencia que la componen. Recorremos así espacios que nos parecen familiares y en ellos afianzamos nuestras certezas. Sin embargo también abrimos puertas y cruzamos umbrales tras los cuales nos aguarda la sorpresas de otra realidad, acaso sobrenatural. Entonces la experiencia cotidiana salta en pedazos. Algo o alguien la dinamita para construir con sus restos correspondencias alternas: fantasmas; sonidos y presencias que la raspan y la vuelven clandestina.

Las historias que encontramos en este volumen nos trasladan a esa otra realidad, nos proponen objetos, ambientes y personajes que se fugan para crear en los lectores una incertidumbre bajo el poder transformador de la imaginación.

Las transgresiones que dan paso a estas experiencias son sutiles: un aroma, el humo, un sonido; un visitante inesperado; unas manecillas que marcan un tiempo diferente; dibujos que imperceptiblemente se modifican; atmósferas que alertan nuestros sentidos y nos hacen sucumbir bajo otra lógica, incierta y terrible.

Laura Elena González



ISBN: 978-607-7856-00-9



9 786077 856009